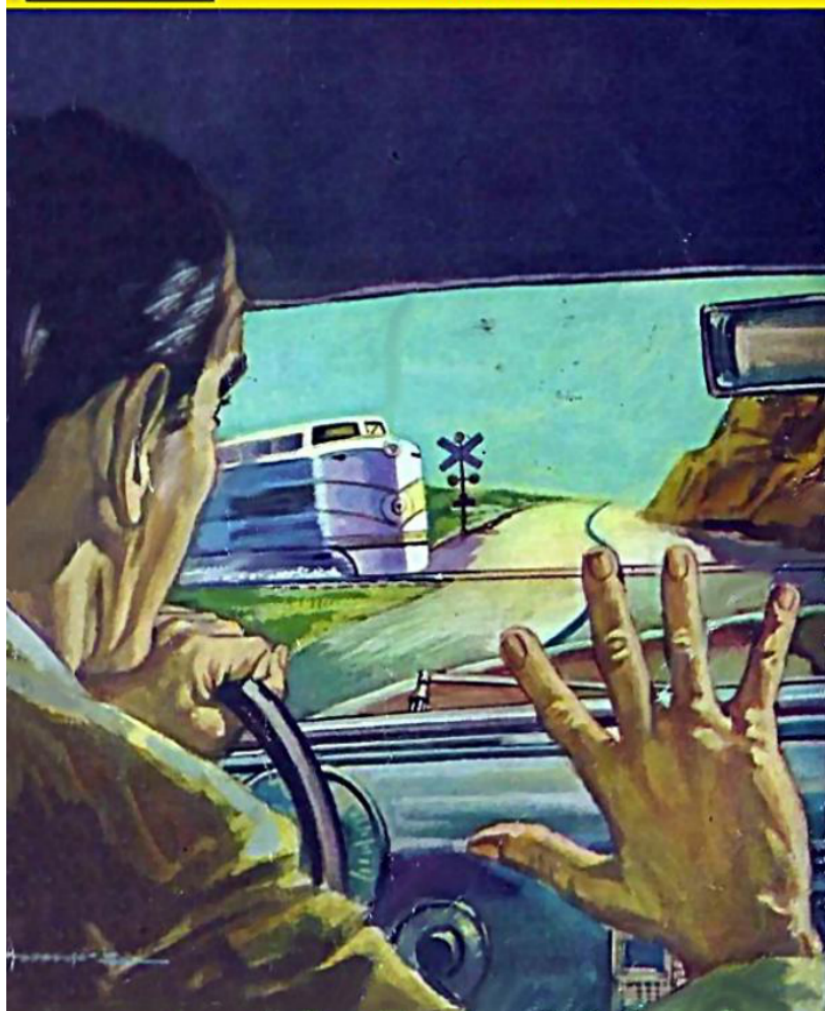




i paga o muere!

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**¡PAGA
O
MUERE!**

Colección PUNTO ROJO n.º 376

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CABACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 21.153-1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio 1969

© CLARK CARRADOS - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE NÚÑEZ - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la secretaria del prominente hombre de negocios de Richdale, Glenn B. Beand, abrió la carta y la leyó, sufrió un fuerte sobresalto.

—¡Oh! —dijo.

—¿Qué le sucede, señorita? —preguntó Beand, enfrascado en la lectura de otra carta.

La secretaria tragó saliva.

—Mi... mire, señor...

La mano de la mujer temblaba perceptiblemente. Atraído por la curiosidad, Beand cogió la carta y leyó su contenido:

«En el plazo de una semana reunirás cien mil dólares en billetes de a mil. Cuando tengas preparada esa suma, haz insertar un anuncio en *The Voice*, que deberá decir, simplemente, “Todo listo, Quicky”. Después recibirás instrucciones para la entrega del dinero.

»¡Si te niegas a pagar, morirás!».

La carta, naturalmente, iba sin firma. Después de leerla, Beand se echó a reír.

—No haga caso, señorita. Siempre hay chiflados que envían amenazas a todo ciudadano que sobresale un poco por encima de la masa común. Sigamos con la correspondencia.

Hizo una bola con la carta y la arrojó a la papelera, sin más trámites. La secretaria estaba admirada del valor y sangre fría que demostraba su jefe.

La secretaria, sin embargo, se habría sentido muy asombrada, de haber podido ver lo que hacía su jefe al quedarse solo. Beand dejó de sonreír, abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo un,

frasquito plano de metal, del que tomó un largo trago.

Luego recogió la carta amenazadora, sacándola de la papelería, deshizo la bola de papel y lo alisó con una mano, oprimiéndolo sobre la mesa. Con ojos preocupados, volvió a leer el mensaje una y otra vez, fijándose sobre todo en las tres palabras que componían el anuncio que, según el anónimo comunicante, debía insertar en el plazo de una semana en uno de los periódicos de mayor circulación de Richdale.

—¿Será posible que...? —murmuró, tremendamente preocupado.

Al cabo de un rato, descolgó el teléfono directo, en el que no tenía intervención su secretaria, comprobó que el interfono estaba desconectado, y marcó un número.

Pasaron unos segundos. Luego oyó una voz:

—¿Sí?

—¿Lloyd? —dijo Beand.

—Yo mismo. ¿Quién...?

—Escucha, soy Glenn. Quiero hacerte una pregunta, Lloyd.

—Por supuesto, Glenn. ¿De qué se trata?

—De Quicky. ¿Estás seguro de que murió?

—Segurísimo, Glenn. Hace un año... pero ¿a qué diablos viene esa pregunta?

—Ya... bien, ya te lo diré en mejor ocasión. Gracias, Lloyd.

Beand colgó el teléfono, cada vez más preocupado. ¿Por qué diablos tenía que firmar el anuncio, caso de acceder a lo que el anónimo comunicante le ordenaba, con el nombre de Quicky?

Beand ocultaba un terrible secreto; sólo compartido con otros cuatro amigos, de los cuales estaba tan seguro como de sí mismo. Por tanto, ninguno de sus amigos podía haber revelado tal secreto.

En ese caso, ¿quién lo había hecho? ¿Acaso se trataba de una mera coincidencia?

Beand empezó a creer que no había tal coincidencia. Sospechó, y ello le puso los pelos de punta, que su secreto no estaba tan bien guardado como había creído hasta entonces.

El frasco de licor quedó vacío en pocos minutos... Pero ni aun así consiguió Beand disipar sus preocupaciones.

La muchacha caminaba por la acera con una pequeña maleta en las manos. Iba sin prisa, mirando descaradamente a derecha e

izquierda, parándose en los escaparates y deteniéndose de cuando en cuando para observar tal o cual edificio de la céntrica Avenida Fracken, la mayor y más ostentosa de Richdale.

Era de buena estatura, de pelo claro, tirando a rojo, pupilas azules, y dos nódulos de pecas en las mejillas, que conferían a su cara un aspecto gracioso y atractivo. Vestía un sencillo trajecito estampado, sin mangas, de falda cortísima, que dejaba al descubierto unas piernas escultóricas.

Algunos transeúntes se paraban a mirarla. Leona Klaner seguía su camino sin preocuparse de los demás. La maleta no parecía pesarle mucho en la mano; era más bien un *necessaire* de viaje, liviano y poco voluminoso.

Caminando, al parecer, sin rumbo fijo, se acercó a un gran edificio de líneas nobles, con una gran portada de columnas dóricas. Un hombre descendió por la gran escalinata de acceso y fue saludado respetuosamente por dos policías de uniforme.

Leona se detuvo en las inmediaciones del edificio. Una columna cuadrada situada en el extremo de la escalinata sostenía una placa de bronce en la que se podía leer:

«Palacio de Justicia. Jefatura de Policía. Cárcel de la
ciudad»

—Vaya —comentó jovialmente—, a los de Richdale les gusta el ahorro. Tienen todo a la mano y...

El hombre que había salido del edificio se detuvo de pronto ante la chica.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —se ofreció cortésmente.

Leona le miró de pies a cabeza. Era un hombre joven, alto, atlético, de unos treinta y uno o treinta y dos años, pelo negro y sonrisa franca y abierta. La chica observó que no necesitaba de mucha guata en el relleno de su traje para hacer resaltar la anchura de sus hombros.

—Estoy curada de espantos —dijo con notoria desenvoltura—. De lo contrario me desmayaría aquí mismo. ¡Qué hombre tan guapo! ¿Todos los jóvenes son así de apuestos en Richdale?

Jay Sholton, teniente de policía, se sonrojó un tanto. Pero era hombre con agudo sentido del humor y contestó:

—Algunos lo son más que yo, señorita. ¿Forastera en Richdale?

—Pues... sí. Me ponderaron tanto las bellezas de esta ciudad, que decidí venir y conocerla. ¿Usted es de aquí?

—No, aunque ya llevo residiendo algunos años en la ciudad. Soy Sholton, teniente de policía. Si puedo ayudarla en algo, dígamelo con toda franqueza. Al verla, me pareció que no conocía la ciudad...

Leona emitió una brillante sonrisa.

—No, no la conozco —respondió—. Dejé mi equipaje en la estación de autobuses y decidí caminar un poco antes de buscar alojamiento.

—El Palladium está en la próxima calle, a dos manzanas hacia el sur —indicó Sholton—. Es un buen hotel... y no me pagan por la propaganda, señorita.

—Me lo figuro, teniente. Cuando llegue al hotel, escribiré una carta al alcalde, solicitando le incluyan a usted entre las bellezas dignas de admirar en la ciudad. El número de turistas femeninos se duplicaría en pocos meses, se lo aseguro.

Sholton se echó a reír.

—Tiene usted un humor envidiable, señorita —dijo—. En fin, habrá de perdonarme; tengo una cita...

—Esa mujer debe de sentirse la más dichosa del mundo —comentó Leona.

—¿Cómo sabe que se trata de una mujer? —preguntó él.

—¿Podría tratarse de otra persona? La envidio, francamente. Bien, teniente, dispénsame, pero he de seguir mi camino. Y usted el suyo, claro.

—Ha sido un placer, señorita —dijo Sholton.

—No lo dudo —contestó ella, con chispeante sonrisa.

Y siguió andando.

Sholton la contempló durante unos instantes todavía. Luego, meneó la cabeza y se acercó al auto que tenía estacionado junto a la acera, a pocos pasos de distancia.

Arrancó segundos después. Sí, aquella encantadora forastera tenía razón; estaba citado con una hermosa mujer. Edwina Thoms le parecía más bella y deseable cada día que pasaba.

Dolly Beand levantó el bastidor de la ventana, sacó medio cuerpo fuera y llamó a los dos muchachos que jugaban en el jardín de la casa con un arco y flechas.

El blanco estaba colgado de la puerta del garaje, de este modo, no había peligro que una flecha se escapase y pudiera herir a un vecino. Por otra parte, la distancia a la casa más cercana era relativamente grande.

—¡Muchachos! ¡La cena estará dentro de cinco minutos y ya sabéis que a papá no le gusta esperar! ¡Vamos, daos prisa!

Los chicos tenían trece y once años respectivamente. Abandonaron sus juegos y dejaron a un lado el arco y las flechas, sin preocuparse más de ellos. Anocheceía ya y allí los encontrarían al día siguiente, cuando continuasen su torneo.

Durante la cena, Dolly Beand observó que su esposo permanecía silencioso y poco comunicativo.

—¿Qué te sucede, Glenn? Te veo muy callado... ¿Problemas de la oficina?

—Sí, pero no tienen importancia, Dolly. No te preocupes por mí, te lo ruego.

—Lo celebro, Glenn —dijo la mujer—. Ah, una cosa; los chicos ya tienen sus vacaciones. ¿Qué has resuelto tú de las tuyas?

—Sabes que es demasiado pronto para empezarlas, Dolly. Te dije que podíamos enviarlos a un campamento de verano, donde permanecerían hasta que yo pudiese empezar mis vacaciones, pero no quisiste separarte de ellos.

Dolly suspiró:

—Me sabe tan mal tenerlos lejos de mí... —confesó.

—Pues ya empiezan a crecer y se están haciendo unos hombrecitos, así que al año que viene elegiremos un buen campamento y los enviaremos apenas terminen su curso escolar —decidió Beand con firmeza.

Luego, consultó su reloj y se puso en pie.

—Se me hace un poco tarde y he de revisar unos papeles antes de irme a la cama —declaró—. Dolly, no me esperes despierta; quizá me retrase más de lo ordinario.

—Está bien, pero piensa en tu salud. Trabajas demasiado... y a mí me gusta tener un esposo, no una calculadora andante.

Beand sonrió, pero ya no dijo nada. Salió del comedor y se dirigió a su despacho, sentándose inmediatamente tras la mesa de trabajo.

Hacía bastante calor y tenía la ventana abierta. Después de

aflojarse el nudo de la corbata, se subió las mangas de la camisa. Luego, se enfrascó en el trabajo, sin percatarse de la sombra que estaba parada junto al gran roble que constituía el mejor adorno del jardín.

Era un árbol de copa muy frondosa. Era uno de los motivos que habían decidido a Beand a comprar la casa y se sentía muy orgulloso de su adquisición.

Su silueta era fácilmente visible desde el roble, situado a unos quince metros de la ventana. El arco y las flechas habían quedado al pie del árbol.

Beand interrumpió un instante su labor. El plazo concedido por el anónimo comunicante había sido rebasado con creces. Hasta entonces no le había ocurrido nada.

De pronto, se dio cuenta de que tenía la ventana abierta de par en par y de que cualquiera que pasara por la acera o estuviese en el jardín podía verle con toda facilidad. Se levantó y giró en redondo, disponiéndose a correr las cortinas que impedirían la visión de lo que había dentro del despacho.

Entonces, una flecha llegó volando casi silenciosamente y se hundió en el centro de su pecho. Beand lanzó un ahogado quejido, agarró la flecha con ambas manos e intentó arrancársela, pero las fuerzas le fallaron de pronto y se venció hacia adelante.

Así, doblado sobre el antepecho, le encontró uno de los policías que hacían la ronda nocturna por aquel barrio. Sus manos pendían fuera y estaban ya heladas cuando el guardia, atraído por aquella extraña postura, se acercó a investigar y lo halló muerto.

Era muy temprano todavía. Faltaba una hora para el amanecer, cuando el teniente Sholton recibió una llamada telefónica.

Era su jefe, el capitán Wroner.

—Jay, sacuda las sábanas —dijo—. Tenemos una patata caliente en las manos —añadió gráficamente.

—A juzgar por la hora de despertarme, muy caliente debe de estar —convino Sholton—. ¿De qué se trata?

—Glenn Beand. Ha sido asesinado.

—¿Beand? El nombre me suena, jefe.

—Es... era un ciudadano importante de Richdale. Negocios, dinero en abundancia, honestidad, respeto, consideración de la comunidad... En fin, imagínesele usted.

—Sí, jefe, me lo imagino fácilmente. ¿La dirección, por favor?

—Número 870, Avenida Oeste.

—Es zona de gente rica —observó Sholton.

—Desde luego, Jay.

—Bien, ahora mismo empiezo a vestirme. ¿Quién hay por allí, jefe?

—De momento, está el sargento Deinand. Él le dirá lo que se ha averiguado hasta ahora.

—Muy bien. Ah, una última pregunta.

—¿Sí, Jay?

—El arma homicida. ¿Cómo ha muerto Beand?

—Le han matado de un flechazo, así como suena.

Sholton se quedó boquiabierto. De no conocer a su jefe, de quien sabía lo poco aficionado a las bromas que era cuando se trataba de asuntos graves, habría dicho que le estaba tomando el pelo.

CAPÍTULO II

Agentes de policía uniformados protegían la entrada a la casa y vigilaban también la parte posterior, a fin de impedir el acceso a los curiosos. Un guardia estaba situado ante la puerta del edificio, que Sholton advirtió era caro y construida con gusto.

El sargento Deinand le salió al paso. Era un sujeto bajo, fornido, de cejas espesas. Su mejor cualidad era la tenacidad.

—Hola, teniente —saludó—. ¿Le ha dicho algo el jefe?

—Sí. —Sholton miró al cielo; ya se veía gris hacia el este—. Conque un flechazo, ¿eh?

—Mortal, teniente; le atravesó el corazón y murió instantáneamente.

—¿Ha hablado usted con la viuda?

—Un poco. Pero está deshecha y el médico le ha tenido que dar un sedante. Ahora duerme.

—¿Qué le ha dicho?

—Su marido no tenía enemigos, al menos, como para querer su muerte. Respecto a un lío de faldas, no lo cree... Yo tampoco —agregó Deinand—; una amante desdeñada no se venga de esa manera, me parece a mí.

Sholton hizo una inclinación de cabeza. El sargento continuó:

—Al llegar a este punto, le dio un ataque de nervios. No ha sido nada agradable, teniente, créame.

—Me lo figuro. ¿A qué hora sucedió el crimen?

—Sobre las diez y media de la noche, poco más o menos. La señora Beand y los niños estaban ya acostados. El guardia nocturno del sector vio luz a las once, pero no prestó importancia; sabía que Beand se quedaba algunas noches a trabajar.

Sholton escuchaba atentamente el informe del sargento.

—Desde la acera, no se ven bien los detalles de la casa, y menos de noche —prosiguió Deinand—. A las doce, continuaba la luz

encendida. Entonces, el guardia se acercó para preguntar a Beand si quería algo... y se lo encontró doblado sobre el antepecho, con la flecha clavada en el corazón.

—Es decir, que la señora Beand y los niños se acostaron a las diez poco más o menos.

—Sí, señor.

—A las once había luz, pero ya no se veía a Beand. Desde la acera y doblado sobre el antepecho, la ventana tenía que parecer normal, puesto que el guardia sólo lo descubrió cuando se acercó a la casa.

—En efecto —admitió el sargento.

—Sí, tuvo que ocurrir entre diez y once de la noche. ¿El arma del crimen?

—Está en el laboratorio, para la búsqueda de huellas dactilares, así como las demás flechas.

—¿Desde dónde disparó el asesino?

—Venga conmigo, teniente.

Sholton siguió a Deinand. El sargento le condujo al añoso roble, a cuyo pie había varios hombres afanados en un trabajo.

—Se encontraron huellas de pisadas del asesino —dijo Deinand—. Ahora están sacando moldes de yeso.

Sholton se arrodilló y contempló una de las dos huellas. La otra tenía ya el yeso fraguándose.

—Un tipo muy alto —observó—. Los pies eran descomunales, pero las señales están poco hundidas en el suelo.

—Eso es lo que me extrañó a mí —dijo Deinand.

—No tiene nada de extraño, sargento. Yo conocí a un tipo que medía dos metros y apenas pesaba sesenta kilos, tan delgado era. ¿Comprende?

Deinand suspiró.

—Sí, señor; habrá que buscar a un tipo muy alto y muy delgado, casi un esqueleto andante.

—Eso es, sargento. —Sholton se puso en pie y se limpió las manos con un pañuelo—. Un hombre alto, esquelético... y magnífico tirador de arco.

—¡Pues no pide usted nada! —Gruñó Deinand.

Sholton sonrió.

—Habrá que hacer una relación de amistades y empleados de

Beand y empezar a interrogarlos a fondo uno por uno. Yo hablaré con la viuda apenas despierte.

—Bien, señor; me ocuparé de esa lista —prometió el sargento. Meneó la cabeza—. Me pregunto qué otro medio habría empleado el asesino de no tener el arco y las flechas a mano.

—¿Cómo? —dijo Sholton, extrañado.

—Los hijos de Beand habían estado jugando hasta la cena. Después olvidaron fuera el arco y las flechas. El mayor está inconsolable; dice que su padre, por su culpa...

—No —contradijo Sholton—; el asesino vino dispuesto a matar a Beand de cualquier forma... pero se encontró con el arco y las flechas, sabía usarlo y aprovechó la ocasión para confundirnos, eso es todo, sargento.

—Me llamo Polly Javert y soy... era, mejor dicho, secretaria del infortunado señor Beand. Hace cosa de tres semanas, el señor Beand recibió un anónimo reclamándole cien mil dólares en billetes de a mil. Debía poner un anuncio en *The Voice* que dijera que todo estaba listo o algo por el estilo y que debía aparecer a la semana de recibido el mensaje. Si no lo hacía, moriría.

Sholton parpadeó.

—¿Cien mil dólares?

—Sí, señor —confirmó la secretaria.

—¿En billetes de a mil?

—Efectivamente. A mí me chocó que el asesino pidiera el dinero en billetes de tanto compromiso. ¿No lo piden siempre en billetes pequeños y sin haber tomado la numeración?

Sholton hizo una mueca.

—Un caprichoso —masculló—. Señorita Javert, seamos francos y no se ruborice por lo que voy a preguntarle. Una secretaria, a veces, sabe cosas que ignora la esposa de su jefe.

—Sí, señor.

—¿Tenía el señor Beand alguna amante?

—Yo diría que no, teniente... pero hay cosas que incluso una secretaria ignora.

—Es cierto. ¿Qué fue del mensaje, señorita?

—El señor Beand hizo una pelota con él y lo tiró a la papelera. Como no se preocupó más del asunto, yo tampoco...

—Me lo figuro —suspiró Sholton—. Gracias, señorita Javert; volveremos a llamarla si la necesitamos.

—Por supuesto, teniente.

El sargento Deinand entregó a Sholton una lista de nombres.

—Los cinco o seis primeros eran los amigos más íntimos del muerto —informó—. Yo les he hecho un sondeo preliminar y todos coinciden en lo mismo; no tienen la menor idea de quién pueda ser el asesino.

Sholton contempló la lista unos momentos.

—¿Alguna mujer en la vida de Beand? —preguntó.

—Todos lo niegan enfáticamente, señor. A mí me parece que si alguno supiese algún dato al respecto, nos lo diría.

—Yo también lo creo así, sargento. ¿Qué hay de huellas dactilares?

—Sólo las de los hijos del difunto. El asesino empleó guantes.

—Me lo figuraba —dijo Sholton, defraudado—. Sargento, tenemos que bucear en la vida de Beand desde que se puso a andar a gatas. Una persona no envía a otra un anónimo pidiéndole cien mil dólares primero y luego cumple su palabra de asesinar al amenazado, independientemente de que haya empleado un arco, sin un motivo poderoso.

—Sí, señor, aunque es posible que el asesino enviara ese mensaje, sabiendo que Beand era rico y podía disponer de tal suma.

—Pudiera ser, pero no descartemos la anterior posibilidad.

—Desde luego, señor. —Deinand lanzó un suspiro—. Me parece que voy a tener que gastar en zapatos el sueldo de dos meses.

Sholton se echó a reír.

—Así perderá algunos kilos de peso, que buena falta le está haciendo —dijo jovialmente.

El capitán Wroner tenía sobre la mesa varias fotografías. Una de ellas era de la víctima, tal como había sido hallada por el guardia de la ronda nocturna.

Otra fotografía mostraba a Beand en el suelo de su despacho, después de que el forense hubiese dictaminado oficialmente su muerte. La flecha continuaba todavía clavada en el pecho.

—Esto parece una escena tomada de una película de indios —gruñó el capitán Wroner.

Sholton cogió la otra fotografía. Era la de las huellas de pisadas encontradas al pie del roble.

—Así que usted opina que fue un hombre muy alto y extremadamente delgado —dijo Wroner.

—Sí, señor. Sus pies son desmesuradamente grandes, pero las huellas están poco marcadas.

—Y... ¿dónde aprendió ese tipo a tirar con arco?

Sholton sonrió de mala gana.

—El diablo lo sabe —dijo—. Deinand ha puesto a dos hombres, cada uno con una fotografía de las huellas, a buscar por todas las zapaterías de la ciudad. Por lo que yo puedo apreciar, los zapatos eran nuevos. Dado su enorme tamaño, es razonable suponer que el vendedor recuerde al cliente.

—Así lo parece —convino Wroner—. Jay, muchacho, dígame, ¿por qué pidió el asesino cien billetes de a mil?

—Eso mismo me pregunto yo, señor. Parece algo incomprensible. Un billete de mil dólares no se maneja tan fácilmente como otro de un dólar.

Wroner se reclinó en su sillón y miró al joven oficial de hito en hito.

—Cien billetes de a mil dólares —repitió—. ¿Cómo pensaba disfrutar de ese dinero?

—Tal vez tenía la intención de sacarlo del país. Hay Bancos extranjeros que no hacen preguntas acerca del dinero que entra en sus arcas.

—Es posible —admitió el jefe de policía.

—O quizá lo hubiese enviado por correo a ese mismo Banco, dando instrucciones de que le guardasen... el paquete dirigido a un nombre determinado, falso, por supuesto.

—¿Y luego?

—Sin prisas, el asesino se habría largado del país y, al cabo del tiempo, habría empezado a disfrutar del dinero «caliente», aunque con un elevado descuento, que a veces llega hasta el cincuenta por ciento.

—Habría ganado, en ese caso, cincuenta mil dólares, Sholton.

—Sí, señor, pero mi opinión, mi creencia es de que el asesino no pensaba perder ni un solo dólar de los cien mil que esperaba cobrar —declaró Sholton tajantemente.

Las declaraciones de la señora Beand no habían aportado ninguna nueva luz al caso.

Decepcionado, Sholton abandonó la casa y atravesó el jardín. En la acera se tropezó con una persona.

Era Leona Klaner. La muchacha le dirigió una brillante sonrisa.

—El teatro del crimen —dijo.

—Sí —contestó Sholton.

—Los periódicos están llenos de informaciones. ¿Qué me dice usted, teniente?

Sholton contempló a la muchacha un instante. Ella vestía ahora un trajecito amarillo, con cuello blanco, sin mangas, el borde inferior de cuya falda quedaba a unos quince centímetros de unas rodillas perfectas. De su hombro izquierdo colgaba un bolso de paja del mismo color.

Componía una estampa llena de vida y atractivo Sholton sonrió.

—¿Es usted periodista? —preguntó.

—Curiosa, simplemente —respondió Leona, con su habitual desenvoltura—. La forma en que se ha cometido el crimen me ha llamado mucho la atención.

—En efecto, no es muy común que se cometa un asesinato mediante un tiro de flecha.

—¿Se le conocían a Beand líos de faldas?

—No. En ese aspecto, parecía ser un hombre irreprochable.

—Sus papeles privados...

—Los hemos examinado exhaustivamente, así como todas las fotografías. Nada de cartas comprometedoras ni fotografías de una rubia en bikini y una dedicatoria:

«A mi pichoncito, de su pichoncita».

Leona se echó a reír. Era una risa alegre, franca, sin doblez.

—Se nota que conoce usted el paño, teniente —dijo.

—He visto más de una fotografía así, señorita Klaner —suspiró él.

—De acuerdo. No es cuestión de faldas, así que yo le voy a dar la solución.

—Venga —pidió Sholton de buen humor.

—Robin Hood anda suelto de nuevo por ahí —dijo Leona, muy sería.

Sholton enarcó las cejas.

—¿Robin Hood?

—Sí, el bandido generoso que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Naturalmente, se especializaba en ricos que habían adquirido su fortuna con malas artes.

—Bueno, ¿y por qué Beand tenía que ser uno de éstos? —quiso saber Sholton.

—Era un hombre de negocios. Tal vez, en alguna ocasión, realizó algún negocio poco limpio... y un perjudicado quiso vengarse... o fue vengado por algún sujeto de espíritu caballeresco.

—Esas cosas no pasan hoy día, señorita —dijo Sholton amostazado.

—No, no pasan, pero un hombre ha muerto de un flechazo. Dígame, pues, qué es eso. ¿Un cuento de hadas?

Sholton se sintió incómodo.

—Estamos investigando...

—Pues siga, siga, teniente —dijo ella de buen humor—. Ése es su deber, ¿no? —Y tras dirigirle una cálida sonrisa, se alejó caminando graciosamente a lo largo de la acera.

Un automóvil se detuvo entonces frente al oficial.

Deinand desembarcó del vehículo. Apenas vio su cara, Sholton supo que traía malas noticias.

—Hable, sargento —pidió Sholton.

—Los zapatos del asesino, señor.

—¿Sí?

—No hemos encontrado ningún zapatero que haya reconocido las huellas.

—Más claro, esos zapatos no han sido vendidos en Richdale.

—Así es, señor.

—Lo cual podría significar que el asesino es forastero.

—En efecto, teniente. Y una vez cometido el crimen se marchó de la ciudad. Dios sabe adónde y... ¿quién le encuentra entonces?

Sholton calló. Las palabras de Deinand componían una pregunta sin respuesta.

CAPÍTULO III

Los cuatro hombres estaban reunidos en una habitación, serios, ceñudos, evidentemente muy preocupados.

Todos habían sido amigos del muerto. Y también algo más.

—Glenn ha muerto —dijo Rhett Naylor, alto, hercúleo, rubicundo—. ¿A quién tocará el turno ahora?

—No seas pájaro de mal agüero —le reprochó Andy Murfresh, bajito, obeso, calvo—. Eso ha sido cosa de alguna fulana desechada que...

—No hay ninguna mujer de por medio —aseguró Lloyd Tibbet, delgado, de mediana estatura y pelo cuidadosamente peinado, abogado de fama y clientela en Richdale—. El asunto viene de muy lejos, todos vosotros sabéis de dónde.

—Lo hicimos bien —gruñó Lester O'Cohn, hombre de cara pálida y ademanes afectados—. Nunca supo nadie que fuimos nosotros.

—Salvo Quicky Benton —dijo Naylor.

—Y está muerto —añadió Murfresh.

—Murió hace un año. En la cárcel —puntualizó Tibbet—. Pero estaba preso por otro delito.

—Él lo planeó. Nosotros lo ejecutamos. Sacamos seiscientos mil. ¿Qué le dimos a cambio? —preguntó O'Cohn.

—Lo atraparon a los pocos días, antes de que hubiéramos iniciado el reparto —declaró Naylor—. No tuvimos tiempo de entregarle su parte.

—Pensábamos dársela cuando saliera de la cárcel —dijo Murfresh.

—Pero nos la repartimos —gruñó Tibbet—. Y así sacamos veinte mil más para cada uno.

—Yo pensaba darle los veinte mil cuando hubiera salido —afirmó Lester O'Cohn.

—Y yo... y yo —dijeron Naylor y Murfresh a un tiempo.

Tibbet los miró a través de sus párpados entrecerrados.

—Estáis mintiendo —dijo—. Le hubiéramos dado el dinero *entonces*, pero no *ahora*. Vamos a ser claros; nos conviene a todos. Ahora, insisto, no le hubiésemos dado un solo centavo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó O'Cohn.

—Porque os conozco... me conozco a mí también. ¿Qué pruebas hubiese podido aducir Quicky contra nosotros?

Hubo una corta pausa de silencio.

Tibbet tenía razón.

—Quicky ha muerto —dijo Naylor, pasados algunos segundos—. Murió en la cárcel. La cárcel es un sitio especial para hacer amistades.

—¿Tratas de sugerir que reveló el secreto del atraco de los seiscientos mil a algún compinche? —preguntó Murfresh.

—Si no es así, ¿qué otra cosa puede ser?

—A pesar de todo, no hay pruebas contra nosotros —insistió Tibbet.

—Pero el asesino de Beand lo sabe. Y tratará de sacarnos dinero por el terror —alegó O'Cohn.

—¿Cómo? —quiso saber Murfresh.

—Enviando otra carta a uno de nosotros.

De nuevo se produjo una pausa de silencio. Tibbet se removió inquieto en la silla.

—Una cosa hay segura —dijo—. Y es que a mí no me cogerá desprevenido el asesino. Yo me anticiparé a él, os lo aseguro.

—Pero si ni siquiera sabes quién es —exclamó Murfresh.

—No importa. Viviré prevenido —insistió Tibbet.

—Eso significa que no vas a pagar —dijo O'Cohn.

—No —contestó Tibbet, orgullosamente—. Aquello me costó mucho, como a todos vosotros. Ahora estamos bien situados. Si cedemos a sus demandas, seguiremos cediendo toda la vida. Hay que demostrar al asesino que no le tememos, porque sabemos que no puede presentar pruebas contra nosotros y que sus peticiones caerán en el vacío. Si lo hacemos así, si nos mantenemos unidos, no podrá nada contra nosotros, os lo aseguro.

Tibbet calló. Paseó la vista por las caras de sus tres amigos.

Sonrió.

—Me alegro —dijo—. Veo que os he levantado la moral. ¿Tomamos una copa para celebrarlo?

Sus palabras, en efecto, habían reanimado los espíritus decaídos. Todos, salvo el de Andy Murfresh, quien continuaba muy serio y que rechazó su copa cuando Naylor se la ofreció.

Tibbet lo notó, pero no dijo nada. Murfresh necesitaba de una conversación particular. Hablaría con él a la primera ocasión que tuviera, se prometió.

Edwina Thoms llenó la taza de café y se la entregó a Jay Sholton, sentado en un diván.

—Estás preocupado —dijo Edwina, acurrucándose en el suelo, a su lado.

—Sí —admitió el policía.

—El asesinato de Beand.

—En efecto.

—Curioso, ¿no? Hoy día no es corriente que se asesine a la gente empleando un arco y una flecha.

—El asesino aprovechó la ocasión, eso es todo. Le hubiese matado de todas formas.

—¿Pistola?

—Con silenciador, tal vez.

Edwina apoyó la cabeza en el borde del diván y estiró las piernas, enfundadas en una malla negra que le llegaba hasta la cintura.

—El asesino debía de sentir un gran odio hacia Beand —apuntó.

—Más que odio, a mi entender, despecho.

—¿Por no haber recibido el dinero solicitado?

—Sí.

—Quizá tengas razón, Jay.

Sholton sacó un cigarrillo. Edwina lo advirtió y se puso en pie para acercar un cenicero.

Era una joven alta y sumamente esbelta, cuya finura de líneas quedaba puesta de relieve por la indumentaria que usaba: *pullover* de cuello cerrado, muy ajustado al busto, y malla negra hasta los pies. El pelo era muy claro, pajizo, y los ojos tenían una viva coloración azul.

Sholton la había conocido casualmente un año antes, recién

llegada Edwina a la ciudad, donde se había establecido como diseñadora de estampados y dibujos textiles. Había dos importantes fábricas de tejidos en Richdale y sus originales tenían gran éxito.

A Sholton le agradaba aquella hermosa mujer, sería, ponderada y nada dada a aparatosidades ni extremismos, aunque, en ocasiones, vestía con cierta sofisticada elegancia. Nunca se habían planteado el problema de profundizar y consolidar sus relaciones con un hipotético matrimonio, las cuales no habían pasado de una amistad franca y sólida.

Ignoraba la edad de Edwina, aunque la calculaba entre los veinticinco y veintisiete años. Cuando se sentía cansado, preocupado o simplemente tenía deseos de distraer su imaginación de los problemas propios del oficio, acudía al estudio de Edwina, en donde era siempre bien acogido.

Encendió su cigarrillo —ella no fumaba—, y despidió las primeras bocanadas de humo. Edwina dijo:

—Habéis encontrado huellas de pisadas. Lo dice el periódico.

—Sí, pero el asesino no vive en Richdale —contestó el policía—. Los zapatos que empleaba no han sido comprados en la ciudad.

—Eso significa que llegó a Richdale, estuvo unas horas, lo justo para cometer su crimen, y luego se marchó.

—Sí, exactamente, Edwina.

El sargento Deinand tenía una cara de fatiga imponente.

—Nada, señor —dijo.

Habían transcurrido ya cuarenta y ocho horas desde la muerte de Beand. Sholton le ofreció una taza de café y Deinand se sentó en un sillón y alargó las piernas, a fin de descongestionar un poco sus pies doloridos.

—Hemos recorrido todas las estaciones de autobuses y la del ferrocarril —siguió Deinand, después de los primeros sorbos—. Nadie ha visto a un sujeto alto y esquelético.

—Pudo llegar en automóvil —apuntó Sholton.

—No lo creo. Nos lo habrían dicho en alguno de los innumerables postes de gasolina que hay en trescientos kilómetros a la redonda. Digo esa cifra porque es indudable que dentro de ese radio, si usaba coche propio tuvo que cargar gasolina, bien a la ida, es decir, cuando llegó, bien a su partida de la ciudad.

—Y nadie lo ha visto.

—No, señor.

—¿Cómo van sus indagaciones acerca de su vida pasada?

—Estoy terminándolas, señor. Dentro de un día o le podré ofrecerle un informe bastante completo.

—Gracias, Deinand.

Sholton consultó su reloj. Se puso en pie.

—¿Quiere acompañarme, Deinand? —invitó.

—¿Adónde va usted, señor? —preguntó el sargento.

—Dentro de media hora entierran a Beand, Deinand.

—¿Lo hace como un deber de cortesía hacia la viuda, señor?

—En parte, sí. Pero por otro lado usted ya conoce la vieja teoría policial. El asesino, muchas veces, siente el morboso deseo de ver cómo baja a la tumba su víctima.

—Es cierto. —Deinand olvidó su cansancio y se puso también en pie—. No está mal pensado, señor.

Dejó la taza a un lado y agarró su sombrero. Luego mantuvo la puerta abierta para que saliera su superior. Le siguió a continuación y ambos, emparejados, bajaron a la calle, donde Sholton tenía estacionado su automóvil.

El sacerdote musitó una oración y trazó la señal de la cruz sobre el féretro que ya estaba en el fondo de la sepultura. Una pala lanzó el primer golpe de tierra, que resonó con sordo ruido.

Apoyada en una amiga y en un hombre, Dolly Beand vestida enteramente de negro y con un velo que ocultaba sus facciones por completo, contemplaba la escena conteniendo difícilmente sus sollozos. Los niños, pálidos, muy serios, estaban a dos pasos de distancia, acompañados igualmente por un amigo del padre muerto.

Sholton y Deinand, con los sombreros en la mano permanecían a un lado. Había muy pocas personas contemplando la ceremonia. La mayoría habían asistido a los funerales celebrados en la capilla de la ciudad, en la propia empresa de pompas fúnebres.

Ninguno de los presentes era alto y esquelético. Sholton pensó que el asesino se sentía más que satisfecho con haber liquidado a su víctima.

Una vez muerto, lo enterrarían. Seguro. ¿Para qué molestarse, pues, en asistir al entierro?

La fúnebre ceremonia terminó. Ayudada por sus amigos, Dolly Beand inició la retirada.

Sholton se acercó a ella y murmuró unas palabras de pésame. Luego se quedó allí, mientras los sepultureros terminaban de arreglar su tumba. Brillaba el sol con fuerza y hacía calor.

Era un cementerio muy bien cuidado, con abundancia de césped entre las tumbas y sombreado por numerosos árboles de todas clases, sin excluir los cipreses. Un moscardón pasó zumbando sonoramente.

Sholton suspiró. Aquel insecto representaba la vida que continuaba, a pesar de todo.

Deinand esperaba a un lado, respetando su silencio. De pronto, Sholton oyó una voz a sus espaldas.

—Conmovedora ceremonia, ¿verdad?

Se volvió.

Era Leona Klaner.

—Sí —contestó.

Leona se había cambiado ahora de vestido y llevaba, puesto uno más discreto, azul oscuro, casi negro, con vivos de color amarillo pálido. El bolso que llevaba hacía juego.

—¿Novedades en sus pesquisas, teniente?

—Ninguna, señorita Klaner.

—Beand no murió por nada —dijo Leona.

—En efecto. Murió por cien mil dólares.

—¿Los tenía?

Sholton se sorprendió.

—¿Cómo puede hacer semejante pregunta? Ah, ya, es forastera.

—Sí, pero cien mil dólares no se reúnen tan fácilmente, señor Sholton.

—¿Es usted experta en finanzas?

—Un poco —admitió Leona, evasivamente—. Beand era rico, ¿no?

—Eso se decía —contestó Sholton.

—Pero ¿lo ha comprobado usted?

—Bueno, no he tenido tiempo... Además, los informes que poseo... Sé que Beand era un hombre de negocios muy importante.

—Desde luego. Incluso era posible que poseyera una fortuna superior a la cifra que le reclamó el asesino. Pero tendría invertida la mayor parte de su capital: bonos, acciones... Usted ya sabe, teniente.

—Es posible —concordó Sholton—. Y el Banco le habría adelantado ese dinero.

—Pero él no quiso pagar.

—Según su secretaria, tomó la amenaza a broma.

Leona movió la cabeza.

—La flecha que le partió el corazón no era ninguna broma, teniente —dijo.

—No me lo recuerde —gruñó Sholton de mal humor.

—¿Ha investigado usted su vida? Cuando a un hombre destacado se le piden cien mil dólares, es que el peticionario conoce algún pasaje oscuro de su existencia.

—O no. Basta con que sepa que es rico para amenazarle de muerte si no paga.

—En el caso de Beand, podría pensarse así, aunque yo opino que se trata de un pasaje oscuro de la vida del muerto.

Sholton miró fijamente a la muchacha.

—¿Qué le hace pensar una cosa semejante? —inquirió.

Leona sonrió deliciosamente.

—Un presentimiento, señor Sholton —contestó.

El policía soltó un bufido.

—Nosotros no nos guiamos por presentimientos, sino por hechos —respondió, un tanto desabridamente.

—Entonces, investigue su vida pasada. Y hágalo a fondo, se lo aconsejo.

—¿Cree que encontraría ese... pasaje oscuro?

Leona hizo un ligero encogimiento de hombros.

—Merece la pena probar, ¿no cree?

Y tras dedicarle una amplia sonrisa, se despidió de él y se alejó por el sendero que conducía a la salida del cementerio.

Deinand se acercó al preocupado oficial de policía.

—¿Quién es esa chica, teniente? —preguntó—. Diría que es forastera.

—Lo es, en efecto, y se llama Leona Klaner.

El sargento se acarició la mandíbula pensativamente.

—¡Hum! —dijo—. Leona Klaner. El nombre me suena, aunque no sé de qué, teniente.

—¿Lo ha oído antes alguna vez?

—Es posible, pero, no estoy seguro, repito. Bien, ¿volvemos a la

ciudad? El tipo alto y esquelético no ha aparecido, señor.

—Me equivoqué —reconoció Sholton, paladinamente.

CAPÍTULO IV

Andy Murfresh salió de su despacho, y en la calle, junto a la acera, se encontró con su amigo Lloyd Tibbet, quien estaba aguardándole en su automóvil.

Tibbet abrió la portezuela del lado de la acera.

—Sube, Andy —invitó.

Murfresh se acomodó al lado de su amigo.

—Me vienes bien —dijo—. Tengo el coche en el taller.

—Lo sé. Te acompañaré hasta tu casa —contestó Tibbet, a la vez que hacía arrancar el vehículo.

Los dos hombres permanecieron silenciosos unos momentos. Al cabo de un rato, Murfresh dijo:

—¿Has recibido alguna nota, Lloyd?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Callaron de nuevo. A poco, Tibbet preguntó:

—¿Qué harías si la recibieras, Andy?

Murfresh se sacó el pañuelo de pecho y se frotó las manos, húmedas de sudor.

—Hace un calor de todos los demonios —se quejó.

—Contesta a mi pregunta, Andy —pidió Tibbet, imperativamente.

—¿Cómo diablos quieres que te dé una respuesta si aún no he recibido ningún mensaje? —rezongó Murfresh, de mal talante.

—Eso es algo que ya has podido decidir desde ahora, Andy.

—Bueno, ¿y si pagara, qué?

—¿Tienes cien mil dólares?

—Los tengo, Lloyd, tú lo sabes bien. Pero me gusta vivir, ¡qué diablos!

Ya habían salido de la ciudad. Ahora el coche rodaba por un camino secundario, aunque muy bien asfaltado, sombreado por

frondosos árboles.

—Cometerás un error —dijo Tibbet.

—Pero salvaré mi vida. Además, ¿es seguro que el tipo que mató a Glenn va a continuar enviando anónimos?

—Es posible que se haya contentado con liquidar a Glenn —admitió Tibbet—. Tal vez sólo conocía su nombre.

—Quizá —dijo Murfresh, ansiando agarrarse a una mínima esperanza.

—Pero acaso conozca también todos los nombres... Andy, si recibes un anónimo, avísame a mí antes que a nadie, ¿quieres?

Murfresh miró a su amigo recelosamente. Tibbet agregó:

—Yo te protegería, Andy, puedes estar seguro de ello.

—Está bien; si recibo un anónimo, te avisaré el primero de todos, Lloyd —prometió Murfresh.

Delante de ellos sonó una campana repetidas veces. Tibbet aplicó el freno.

Se oyó una sirena a lo lejos. Un tren se acercaba a toda velocidad.

La barrera del paso a nivel se bajó entre continuos campanazos. Tibbet detuvo el coche en el lugar exacto.

—Es el Silver *Express* —dijo.

—Sí. Coincido casi todos los días cuando salgo de la oficina —manifestó Murfresh. Luego, con aire descontento, añadió—: No sé cuándo diablos van a construir un paso elevado.

—Cambia de casa, Andy —propuso Tibbet.

—No. Me gusta la que tengo. Está relativamente cerca de la ciudad y el barrio me gusta. Es tranquilo, aislado, la vecindad es distinguida y amable... y me conviene la vida en el campo.

El tren desfiló a ciento sesenta kilómetros por hora, dejando una estela de ruido insoportable. Los dieciocho vagones del convoy parecían una cinta de plata.

Momentos después, se levantaban las barreras. Tibbet arrancó de nuevo.

—No te olvides, Andy. Avísame si el asesino te envía un anónimo —reiteró.

—Descuida. Tú serás el primero en saber algo, por no veo por qué he de figurar yo en primer lugar.

Tibbet sonrió.

—Era una precaución, simplemente. En efecto, no sabemos cuál de nosotros será el próximo en recibir la petición de los cien mil dólares.

El sargento Deinand sacó una libreta de notas, la abrió y dijo:

—Glenn Beand, infancia normal, sin complejos, buen estudiante de primaria, algo menos en secundaria, Graduado en Derecho por Harvard...

Estuvo hablando un buen rato. Sholton escuchaba en silencio.

Deinand había hecho un buen trabajo. Prácticamente, conocía los detalles más sobresalientes de la vida del asesinado.

—Últimamente, llevaba una existencia muy morigerada —siguió Deinand—. Trabajo, casa, hogar, familia... escasas reuniones sociales... Todos los años salía de vacaciones con la familia. Pasaban tres semanas en las montañas de Wyoming, cazando y pescando.

—¿Nunca se movió de Richdale, después de haberse graduado en la Universidad?

—Hizo algunos viajes de negocios, en efecto —contestó el sargento—. Sin embargo, llevaba casi diez años en que no había salido de la ciudad, salvo para tomarse las vacaciones con su esposa. Hace cinco años, no obstante, hizo un viaje de negocios a Chicago. Estuvo unos diez días ausente. Eso es todo, teniente.

—A Chicago —murmuró Sholton, pensativamente—. ¿Quién le ha dado esos datos?

—Su esposa, claro.

—¿Le ha dicho con quién se entrevistó en Chicago?

—No, ella no lo sabe. No se metía en los negocios de su marido.

—Quizá lo sepa la secretaria. Pregúnteselo, Deinand.

—Muy bien, teniente. Iré a verla hoy mismo.

—Ah, Deinand, ¿ha conseguido recordar dónde oyó el apellido Klaner?

—No, todavía no. —Deinand se encogió de hombros—. Quizá fue una ilusión mía.

—Quizá —convino el joven.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver el movimiento de personas y vehículos de la extensa avenida donde se hallaba emplazada la Jefatura de Policía.

—Teniente —dijo Deinand.

—¿Sí?

—Esa chica... la Klaner, ¿qué hace en Richdale?

—No lo sé, a decir verdad.

—Parece tomarse mucho interés por el caso —observó Deinand

—. ¿Será periodista?

Sholton se volvió.

—Es probable. De todas formas, no estaría de más averiguarlo.

—Iré ahora mismo a preguntar por los hoteles.

—No. Usted encárguese de Polly Javert. Quiero saber qué hizo Beand en Chicago cinco años atrás. Yo indagaré por los hoteles de la ciudad.

—Muy bien, señor.

Sholton empleó el método deductivo para conseguir sus propósitos. Había podido observar la buena calidad de los vestidos de Leona Klaner y el gusto exquisito de los modelos y pensó que no se alojaría en un hotel cualquiera. Richdale disponía de dos excelentes hoteles y Sholton encontró que se alojaba en el que él le había indicado.

El recepcionista le dio algunos detalles de la chica.

—Es agente de seguros, teniente —informó.

Sholton arqueó las cejas.

—¿Agente de...? Curiosa profesión para una mujer ¿no cree?

—Hoy día, las mujeres desempeñan todos los oficios —sonrió el empleado.

—¿Podría ver el libro de registro? —solicitó Sholton.

—Por supuesto, señor.

El recepcionista le presentó el libro abierto. Sholton leyó: Klaner, Leona, 24 años, soltera, agente de seguros, Chicago.

El nombre de la gran ciudad sonó en su mente como un tañido de alarma. Deinand decía haber oído el apellido Klaner, aunque no estaba muy seguro. Leona se interesaba mucho por el caso Beand.

Y Beand había estado cinco años antes en Chicago.

¿Se hallaba ante una posible pista con la cual resolver el enigma?

—La señorita Klaner ocupa la habitación

D-16

—dijo el recepcionista obsequiosamente—. ¿Quiere que le anuncie

su presencia, teniente?

Sholton cerró el libro.

—No, muchas gracias. No le diga nada, se lo ruego —contestó.

—A su disposición, teniente.

Sholton se retiró. En el quiosco de periódicos del mismo hotel compró una revista y buscó un lugar estratégico para situarse y esperar.

Dos horas después, apareció Leona, vivaz y desenvuelta como de costumbre. Ahora vestía un traje de color rojo llameante, muy corto también. Desfiló con paso normal, pero no lento, y salió a la calle.

Sholton se puso en pie y salió también. Leona caminaba ya por la acera, pero no parecía tener demasiadas prisas. A Sholton le pareció que únicamente lo hacía por estirar las piernas y disfrutar de la agradable temperatura del atardecer.

Un cuarto de hora después, Leona entró en un edificio de aspecto comercial. Sholton la siguió, pero se detuvo en el vestíbulo para leer las placas de los inquilinos.

Una de ellas llamó especialmente su atención:

AGENCIA MORRIS
Investigaciones privadas

¿Tenía algo que ver la profesión de Leona con una agencia detectivesca?, se preguntó.

Como agente de seguros, tal vez querría estar informada de las peculiaridades de algún posible cliente. No era de extrañar.

—Tal vez me esté dejando llevar por un exceso de suspicacia —se dijo.

Luego se apostó en un lugar adecuado para esperar la salida de Leona. Ello ocurrió cosa de treinta minutos más tarde, y como la chica regresó nuevamente al hotel, Sholton juzgó conveniente cesar momentáneamente en su vigilancia.

Lexington D. Morris era el director de la agencia de investigaciones y miró al oficial de policía con expresión más bien desabrida.

—La señorita Klaner me ha encomendado un trabajo de información —respondió a las preguntas de Sholton—. Como es un trabajo normal, que no encierra ninguna actividad delictiva, lo he

aceptado.

—Información sobre un posible cliente —dijo Sholton.

—Así es —confirmó Morris.

—¿Y se llama...?

Sholton no tenía ninguna esperanza de obtener respuesta. Morris se lo confirmó segundos después.

—Dado que usted mismo ha declarado que no es una misión oficial ni tampoco trae mandamiento judicial, no estoy en la obligación de facilitar el nombre de la persona a quien investigo por orden de mi cliente. La investigación, repito, es estrictamente comercial.

—Me lo figuraba. Una última pregunta, señor Morris.

—Diga, teniente.

—¿Conocía usted a la señorita Klaner?

—No. Es la primera vez que le he visto.

—¿Hoy?

—Vino a recoger la información que hayamos podido realizar en la agencia. Ese servicio me fue solicitado ya hace cinco días.

—¿Por ella misma?

—Sí. Eso es todo, teniente —concluyó Morris, con tajante acento.

Sholton se puso en pie y sonrió.

—Me disgustaría haberle molestado, señor Morris —dijo—. Por supuesto, si usted guarda el secreto profesional de lo relativo a su cliente, igualmente le callará mi visita.

La advertencia fue realizada en un tono lleno de cortesía. No obstante, Sholton quería darle a entender que, si bien por el momento no tenía motivos legales para obligarle a decir algo que muy bien podía callar, por la misma razón no estaba dispuesto a tolerar que Leona Klaner supiera de su presencia en la agencia detectivesca.

Morris lo supo comprender y asintió.

—Descuide, teniente —respondió—. Puede estar seguro de que callaré.

—Muchas gracias, señor Morris. Buenas noches.

El sargento Deinand entró en el despacho de Sholton a la mañana siguiente, sacó su libreta de notas, la abrió y empezó a hablar:

—Polly Javert declara que su patrón estuvo hace cinco años once días ausente, en Chicago, asuntos de negocios, naturalmente. La secretaria declara que una de las firmas con las que Beand dijo tenía que tratar temas de negocios era la

Crown & Brory,

Inc.; que probablemente tuvo que entrevistarse con más clientes, pero que sólo recuerda la firma antes mencionada y que en el archivo de la oficina no guardan ningún documento relativo a tal entrevista.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sholton.

—Parece ser que la entrevista se refería a la iniciación de negocios comunes, pero, por lo que fuera, el asunto no prosperó. Beand sabía que no tenía nada que hacer con la Crown y lo poco que había sobre la entrevista, anotaciones de la secretaria y una o dos cartas anteriores de esa firma, se destruyó en una limpieza de los archivos que hicieron el año pasado.

—Muy bien. Podríamos pedir datos a la Crown para que nos faciliten información, ¿no le parece, Deinand?

—Enviaré un telegrama hoy mismo, señor —prometió el sargento.

Sholton movió el índice con aire doctoral.

—Y también podríamos hacer otra cosa, Deinand —añadió.

—Diga, señor.

—Haga que le entreguen una copia a tamaño natural de las huellas que dejó el asesino. Se la enviaremos a la Jefatura de Policía de Chicago. Tal vez allí pueden seguir el rastro de esos zapatos y encontrar al comprador.

—Buena idea, señor —aprobó el sargento—. Yo me encargaré de hacer esas gestiones. A propósito, ¿qué ha averiguado de la chica?

—¿Leona Klaner? Es agente de seguros y procede de Chicago, Deinand. Ha encargado una investigación sobre un cliente a la agencia Morris, pero el director no ha querido darme información, alegando que el asunto era perfectamente legal. Usted sabe que no puedo obligarle a ello sin mandamiento del juez.

—Sí, señor. De todas formas, a Morris, aunque es un tipo poco simpático, no se le puede reprochar nada en cuanto a honradez. Si ella le hubiese propuesto algo turbio, nos lo habría dicho inmediatamente.

—Es verdad —concordó Sholton—. ¿Qué, todavía no logra recordar dónde oyó el nombre de Leona Klaner?

Deinand meneó la cabeza.

—No, señor —contestó.

CAPÍTULO V

A veces, Jay Sholton encontraba a Edwina Thoms un tanto enigmática. Quizá era debido a ello la extraña inclinación que sentía hacia la hermosa joven.

A pesar de todo, nunca había sentido hacia Edwina la atracción suficiente como para pedirle que fuese su esposa. Le agradaba estar en su compañía, oír su charla, contemplar juntos algún buen programa de televisión... pero nada más.

Era una amistad un tanto extraña, pero Sholton la tenía en mucha estima. Edwina, a su vez, él lo sabía positivamente, le apreciaba con sincero afecto de una buena amiga.

Estaba sentado en el diván y Edwina le trajo un vaso alto, mediado de licor, en el que tintineaban un par de cubitos de hielo. Sholton lo agradeció con una sonrisa y tomó un largo sorbo.

—Está muy bueno —dijo.

—Gracias. ¿Te importa que continúe trabajando, Jay?

—Por favor...

Edwina se sentó en un alto taburete, frente a la mesa de dibujo, sobre la que tenía un diseño de un nuevo tejido. Estaba de perfil y Sholton admiró la pureza de líneas de su cuerpo.

—Me gustaría dibujar tan bien como tú —dijo, de pronto.

—¿Por qué? —preguntó ella, sin dejar de mover el pincel.

—Te pediría entonces que posaras para mí.

Edwina sonrió ligeramente.

—Lo haría con mucho gusto, créeme —contestó.

Callaron unos momentos. A veces permanecían silenciosos durante un buen espacio de tiempo.

De pronto, Sholton dijo:

—Edwina, a veces me pregunto qué pensarás de mí.

Ella se volvió un poco y le miró.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Soy soltero y vengo a tu estudio con mucha frecuencia. Tú eres una mujer admirablemente discreta y nunca me has dicho nada, pero tal vez te extrañe mi asiduidad... y que en todo el tiempo que hace que nos conocemos no te haya propuesto matrimonio.

—Si no me quieres lo suficiente para casarte conmigo, ¿por qué proponérmelo? —respondió ella, sin alterar el sosegado tono de su voz.

—Pues eso es lo curioso... Yo te aprecio infinito y haría cualquier cosa por ti, pero no te imagino convertida en mi esposa. ¿Te molesta que te lo diga, Edwina?

—Al contrario —sonrió ella—. Estimo que la franqueza debe ser norma imperante entre ambos. Además, no sé si te aceptaría, Jay.

—¿Por qué, Edwina?

La cara de la joven se ensombreció de pronto, a la vez que las palpitaciones de su esbelto pecho aumentaban de ritmo.

—Estuve casada una vez —contestó—. No fue una experiencia demasiado grata y no me siento, por ahora, con fuerzas para repetirla.

—Dispensa —rogó él—. No sabía que hubieras estado casada. ¿Vive todavía tu esposo? —preguntó, pensando tal vez en un posible divorcio.

—No, murió hace poco más de un año —respondió Edwina.

Y como viera que la joven no parecía sentir deseos de continuar comentando el asunto, Sholton se abstuvo de continuar haciendo preguntas sobre el mismo tema.

El teléfono sonó de repente, cuando Sholton se disponía a acostarse. Dejó el nudo de la corbata y levantó el aparato.

—Habla Sholton —dijo.

—Hola, teniente. Soy Deinand.

—Sí. ¿Algo nuevo, sargento?

—Según se mire, teniente. He recibido un telegrama de la Crown & Brory.

Me dicen que si bien tuvieron unos inicios de tratos comerciales con Beand, el asunto no llegó a cuajar, que sólo se desarrolló por carta y que Beand jamás celebró una entrevista personal con ellos.

—Muy seguros parecen estar —observó Sholton.

—Desde luego. El telegrama añade que no se conserva en los archivos nada relativo a tal entrevista.

—¿Y si fue una entrevista informal? Quiero decir durante una comida en algún restaurante de lujo, por ejemplo. En esos sitios a veces, usted lo sabe, se realizan negocios que no se concertarían tal vez en un despacho.

—Imposible. El telegrama está firmado por el director ejecutivo de la firma, quien asegura haber consultado, además, a los restantes directivos. Todos niegan rotundamente, no ya haber celebrado la entrevista, pero ni siquiera conocer a Beand.

Sholton se quedó perplejo.

—Entonces, si no fue a Chicago, ¿a dónde fue? —dijo.

—Oh, tal vez sí fue a Chicago. Lo que sucede es que... Bueno, teniente, Beand tenía ganas de echar una canita al aire y algún pretexto tenía que poner. ¿No comprende?

El oficial de policía sonrió.

—Es posible, Deinand. ¿Envió la fotografía a la Jefatura de Chicago?

—Sí, señor. Ahora sólo nos falta esperar su respuesta.

—Desde luego, Deinand. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Sholton se encontró con Leona Klaner a la mañana siguiente en el parque Granthane, uno de los lugares más atractivos de la ciudad.

Había un gran estanque con cisnes. Leona les arrojaba migas de pan desde la orilla. Vestía con la pulcritud y elegancia de costumbre, y su vestido era blanco, con algunos toques de color azul fuerte. Como todos, la falda quedaba a quince centímetros por encima de las rodillas, lo que permitía ver unas piernas espléndidamente torneadas.

Ella le vio y le dirigió una sonrisa luminosa.

—Hola, teniente —saludó—. ¿Derrochando el dinero del contribuyente?

—¿Por qué dice eso? —preguntó él, apoyándose en la barandilla que separaba el estanque del paseo para visitantes.

—Bueno, está divirtiéndose, en lugar de trabajar...

—He salido a hacer unas gestiones —mintió él.

En realidad, un agente le había informado de la presencia de Leona en el parque y había decidido conversar con ella.

—Entonces, retiro lo dicho. ¿Cómo van sus investigaciones?

—Mal —confesó Sholton, sin rodeos.

—El asesino no aparece.

—En efecto.

—Si yo fuera usted, investigaría a fondo en la vida y milagros del difunto. Es posible que encontrase pasajes muy interesantes.

—Lo hemos hecho. Era un hombre feliz.

—¿Qué tiene que ver eso con...?

—Señorita Klaner, los hombres felices, al igual que las naciones felices, carecen de historia.

—O la ocultan cuidadosamente —indicó ella—. De todas formas, a mí no me importa demasiado. Me marchó.

Sholton enarcó las cejas.

—¿Tan pronto?

—¿Cómo que «tan pronto»? He terminado lo que vine a hacer en Richdale y me voy, eso es todo.

—¿A Chicago?

Leona le miró oblicuamente.

—¿Quién le ha dicho que vuelvo a Chicago?

—Si procede de allí, es lógico que regrese al mismo lugar de su residencia, una vez haya terminado su labor en Richdale.

—Es cierto, pero lo que acabo de oír me indica que ha estado usted indagando acerca de mi humilde persona.

Sholton sonrió.

—Eché un vistazo al libro de registro del Palladium —confesó.

—Entonces, la inscripción le habrá dicho cuáles son los motivos de mi estancia en Richdale.

—Por supuesto. ¿Consiguió lo que deseaba?

—Sí, teniente.

—Es extraño. Una muchacha tan encantadora, metida a agente de seguros.

Leona se echó a reír.

—Mi encanto personal me sirve, muchas veces, para conseguir éxitos allí donde otros fracasarían —dijo.

—No lo dudo en absoluto. Pero Chicago cae muy lejos de Richdale.

—Oh, yo estoy haciendo ahora un circuito bastante extenso. Realmente, no vuelvo a Chicago de un modo directo, sino que

tardaré en regresar tres semanas o más.

—Comprendo. Y dígame, ¿consiguió alguna póliza importante? ¿O resulta que el individuo estaba ya muerto?

Leona le dirigió una profunda mirada. Luego, sin dejar de sonreír, contestó:

—Oh, no, en absoluto. Goza de una salud excelente y vivirá muchísimos años.

Varios días después, el sargento Deinand recibió una información. Inmediatamente, se la pasó a Sholton.

—Hemos encontrado la fábrica donde se hicieron los zapatos que usaba el asesino —dijo.

—¿Sí? —exclamó Sholton, ávidamente—. Hable, Deinand.

—La fábrica no está en Chicago, sino cincuenta kilómetros al sur. En Joliet, concretamente. Es la Reverton Shoes Manufactures, una empresa de gran envergadura. Fabrica miles de zapatos al día...

Las esperanzas de Sholton se disiparon como por encanto.

—Entonces, va a resultar muy difícil, por no decir imposible, encontrar al vendedor. De todas formas, ponga un mensaje a la Reverton y envíeles una fotografía de las huellas. Quizá puedan decirnos algo.

—Bien, teniente —contestó Deinand—. A propósito, ¿qué hay de la chica?

—Se ha marchado, Deinand.

—¡Lástima! —suspiró el sargento—. ¡Mira que no poder acordarme de qué me suena su nombre!

Cuando abrió la carta, Rhett Naylor estaba solo. Se felicitó de la circunstancia; ello impidió que nadie viese la terrible palidez que se había apoderado de sus facciones.

El mensaje era poco agradable de leer:

«¿No recuerdas lo que le sucedió a Beand? Le pedí cien mil dólares en billetes de a mil y no quiso pagar. Por eso murió. ¿Te gustaría hacerle compañía en el cementerio? Tienes tres días para insertar un anuncio en *The Voice* con el texto siguiente: “Todo listo, Quicky”.

»Una vez haya leído yo ese anuncio, me pondré en

contacto contigo para indicarte la forma en que debes entregarme el dinero. No te daré ninguna prórroga. ¡Si te niegas, morirás!».

Naylor corrió hacia un pequeño aparador que tenía en el despacho y se sirvió una pródiga dosis de licor, que despachó en un par de tragos. El *whisky* pareció infundirle nuevos ánimos.

—¡Al demonio con ese maldito chantajista! —dijo orgullosamente.

Luego se acercó, levantó su teléfono privado y marcó un número.

—Habla Tibbet —oyó a poco.

—Lloyd, soy Rhett. He recibido una carta del asesino.

—¿De veras?

—Sí. ¿Quieres que te la lea?

—Bueno —accedió Tibbet. Escuchó atentamente durante unos momentos, y cuando el otro hubo terminado la lectura, preguntó—: ¿Qué piensas hacer, muchacho?

—Pagar, no, desde luego. Pero el tipo está dispuesto a liquidarme. Y tú ya sabes que no podemos pedir protección a la policía.

—Por supuesto. Oye, espera un momento...

Tibbet reflexionó un poco. Luego, dijo:

—Según esa carta, el anuncio debe aparecer el viernes.

—Sí, desde luego.

—Bien, vete con la mujer a la cabaña que tienes en Bradshaw Hills para vacaciones y fines de semana. Quédate allí unos cuantos días y espera a que se pase la tormenta.

—Pero Mildred recelará algo...

—Dile que se ha averiado el coche, cualquier cosa... Quédate allí una semana o diez días. El caso es que el asesino no te vea.

—¿Qué haréis vosotros mientras tanto?

—Bueno, yo hablaré con los otros y encontraremos alguna solución. Iré a buscarte apenas hayamos decidido algo. ¿Entiendes?

—Sí, Lloyd.

—Otra cosa. Procura salir de Richdale a una hora intempestiva, las cuatro de la mañana; el asesino estará durmiendo, imagino.

—Sí, pero ¿qué diablos le digo a Mildred?

Tibbet lanzó una exclamación de enojo.

—¿Es que no tienes imaginación? —Gruñó—. Dile... que las truchas se pescan mejor al amanecer, diablos.

—No se lo creerá.

—¡Oh, rayos, vete al infierno! —dijo Tibbet, exasperadamente—. Si no te sientes capaz de convencerla, piensa el asesino. Verás cómo eso estimula tu... tu intelecto.

Naylor colgó el teléfono. Volvió a beber. Mildred se enojaría, desde luego... pero ¿cómo decirle que todo lo que le estaba pasando procedía de un atraco realizado cinco años antes, por el que habían obtenido un botín de seiscientos mil dólares y que había costado la vida a un hombre?

Suspiró. No tendría más remedio que emplear la excusa sugerida por Tibbet. «En medio de todo, puede que sea verdad eso de que las truchas pican mejor al amanecer», pensó.

—Tengo la respuesta de la Reverton Shoes —dijo Deinand.

—¿Y bien, sargento?

—Me comunican que ese tipo de zapatos dejó de fabricarse hace más de un año y que formaba parte de una expedición enviada al centro distribuidor para la costa del Pacífico, que la fábrica tiene en San Francisco.

Sholton se dejó caer en el sillón.

—No lo entiendo —dijo—. El asesino sabía que iba a dejar unas huellas perfectamente marcadas. Un hombre que prepara un crimen semejante, tiene que ser muy cuidadoso a la fuerza.

—Sí, señor —convino Deinand.

—En ese caso, ¿por qué tomarse tantas molestias para ocultar el origen de los zapatos? Resulta incomprensible si pensaba usarlos en el momento del crimen, ¿no cree?

—En efecto, señor. ¿Le parece bien que indague en San Francisco?

—Sí, Deinand, hágalo. Estamos obligados a seguir esa pista. Prácticamente, es la única que tenemos.

CAPÍTULO VI

Rhett Naylor detuvo el coche cuando todavía no había salido el sol y tocó suavemente en el hombro a su esposa, que dormía en el asiento contiguo al del conductor.

—Despierta, nena; ya hemos llegado.

Mildred Naylor abrió los ojos, estiró voluptuosamente los brazos y bostezó, todavía con aire adormilado.

—No sé qué ideas te ha dado de comenzar tan pronto el fin de semana —murmuró, descontenta—. Los hombres, a veces, tenéis cada cosa...

Abrió la portezuela y saltó al suelo. El ambiente, en las colinas, era todavía fresco.

Mildred se dirigió hacia la cabaña, mientras su esposo sacaba varios de los bultos que habían transportado en el portaequipajes del coche. Naylor hizo un par de viajes. Ella se dedicaba a abrir las ventanas, para ventilar el interior.

—¿Te vas a pescar ya?

—Ahora mismo —contestó él.

Tenía varias cañas colgadas de la pared, a modo de adorno. También estaban colgados sedales, anzuelos y demás adminículos. Naylor eligió la caña más adecuada y empezó a prepararlo todo.

Mildred volvió a bostezar.

—Rhett, yo me voy a dormir —dijo.

Naylor miró a su mujer. Era muy guapa, pero indolente. Sabía que ella le quería, y él, a su vez, estaba orgulloso de Mildred.

Le hubiera gustado, sin embargo, que fuese un poco más activa. Ahora Mildred, joven todavía, podía presumir de cierta esbeltez, pese a que ya rebasaba en cuatro o cinco kilos su peso normal. Pero ¿qué pasaría andando el tiempo, cuando aumentase su natural indolencia?

Engordaría, dejaría pasar las horas tendida en un diván,

comiendo bombones sin parar... Si supiera cómo conseguir que se volviese activa y animada que hiciese ejercicios, que se moviese más... Tal como estaba ahora, alta y llenita de carnes, era una mujer espléndida.

Pero se echaría a perder en cuanto engordase. Y la perspectiva no le agradaba en absoluto.

De pronto, sintió un vivo pinchazo en un dedo.

—Maldita sea —gruñó.

—¿Te sucede algo, querido? —preguntó Mildred, desde el fondo del dormitorio, con voz soñolienta.

—Nada, cariño. Un anzuelo... estaba demasiado sujeto y me he pinchado sin querer al tratar de desprenderlo de la tablilla. Duerme y no te preocupes de más.

La sangre brotaba del pinchazo, que era más bien una incisión de casi un centímetro de longitud. Rezongando entre dientes, Naylor se dirigió al baño, donde tenía elementos de cura.

Una tira de cinta adhesiva bastaría para cubrir la yema del dedo. De súbito, sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

Notó que se ahogaba. Algo impedía que el aire llegase a sus pulmones. Una extraña crispación le acometió a la altura del estómago, dándole la sensación de que no podía respirar. Al mismo tiempo, notaba que se le agarrotaban todos los miembros, en especial los superiores.

Cayó de rodillas en el umbral del cuarto de baño. Quiso gritar, pero al no poder aspirar aire para sus pulmones, no podía tampoco expelerlo. La voz se negó a salir de su garganta.

Se inclinó lentamente hacia el suelo. Su mejilla izquierda tocó las tablas del pavimento. Todo su cuerpo era sacudido por fuertes convulsiones, pero él ya casi no sentía nada.

En su mente, casi a oscuras ya, penetró la terrorífica convicción de que se estaba muriendo.

Mildred Naylor no oyó nada. Cuando se levantó, varias horas más tarde, lo primero que pensó fue en dirigirse al cuarto de baño.

Bostezando aparatosamente, salió de su dormitorio. Entonces fue cuando vio las piernas de su esposo, atravesado en el umbral del cuarto de baño. Mildred se despabiló instantáneamente.

Un segundo después empezaba a gritar como una loca. Acababa de descubrir que su marido estaba muerto.

La zona de las Bradshaw Hills pertenecía a la jurisdicción de una pequeña localidad llamada Center. El encargado de la ley era un delegado del *sheriff* del condado, cuyo nombre era Parsons.

El forense examinó el cadáver con toda atención. Un ayudante de Parsons atendía a Mildred Naylor, ambos por el momento en otra pieza de la cabaña.

—¿Doctor? —dijo Parsons, al cabo de unos momentos.

El forense se incorporó.

—Tiene un arañazo en la yema del índice derecho —dijo—. No se puede asegurar que haya sido una muerte natural.

—¿Asesinato?

—Eso es cuestión de ustedes, los policías. Desde luego, no puedo afirmar nada en tanto no le haya hecho la autopsia, pero todos los síntomas son de envenenamiento por curare.

—¡Rayos! —Gruñó Parsons.

El forense lanzó una mirada a los anzuelos y la caña de pescar caídos en el suelo, al otro lado de la estancia.

—Yo diría que el curare estaba en uno de los anzuelos —manifestó—. Se hirió accidentalmente y el veneno penetró en el torrente sanguíneo, paralizando los centros nerviosos. La muerte se produjo en pocos minutos, no más de tres o cuatro.

—¿Accidentalmente? —dijo Parsons—. ¿Cómo puede ser una cosa semejante, si el anzuelo estaba embadurnado con el veneno?

El forense se encogió de hombros.

—Eso ya es cosa de ustedes, los policías —dijo—. ¿No residía el difunto en Richdale?

—Sí, desde luego.

—Entonces, póngase al habla con la policía de Richdale. Es lo mejor que puede hacer, Parsons —aconsejó el forense.

Cerró su maletín y se dirigió hacia la puerta.

—Ya pueden enviarme el cadáver cuando quieran... —añadió—. Ah, una cosa, Parsons. Cuidado con los anzuelos. Ya sabe lo que le pasaría si se pinchase con uno de ellos.

Parsons se estremeció.

—No me lo recuerde, doctor —dijo.

—Envíemelos lo antes posible. Quiero examinarlos para ver cuántos de ellos están embadurnados con veneno. Adiós, Parsons.

—Adiós, doctor.

Parsons lanzó una mirada hacia el cadáver. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. ¡Qué manera tan horrible de morir!

¡Y qué mente tan diabólica la del asesino, al planear su crimen mediante un anzuelo impregnado de uno de los venenos más mortíferos que se conocían!

El teniente Sholton y el sargento Deinand aguardaban pacientemente en la antesala del hospital del condado, adonde había sido conducido el cadáver de Naylor para la autopsia.

El forense de Center salió a poco, acompañado de otro médico. Sholton y Deinand se pusieron en pie.

—¿Doctor Slade? —dijo el joven oficial—. Soy el teniente Sholton, de la policía de Richdale. —Enseñó sus credenciales y añadió—: El sargento Deinand, mi adjunto.

—Mucho gusto, teniente —contestó el forense de Center—. Les presento a mi colega, el doctor Brintner. ¿Podemos serles útiles en algo, caballeros?

—Sí, doctor. Se trata de Rhett Naylor. ¿Cuál es el informe de la autopsia?

—Curare —afirmó Slade, dogmáticamente.

—No cabe la menor duda —agregó Brintner.

—¿Cómo entró el veneno en el cuerpo, doctor?

—Un simple arañazo fue suficiente —explicó Slade—. He examinado la tablilla de los anzuelos y todos ellos estaban impregnados de veneno. Además, he podido darme cuenta de que estaban sujetos muy fuertemente, de una manera desacostumbrada. De no haber empleado unos alicates, es probable que yo también me hubiese herido al sacarlos para su examen.

—Comprendo —dijo Sholton—. El muerto, por supuesto, desconocía esta circunstancia.

—Es de suponer, puesto que el aspecto exterior de los anzuelos no hacía ver nada sospechoso. Al sacar uno para disponerse a pescar, tuvo que emplear una fuerza desacostumbrada. El rasguño, en tales condiciones, era punto menos que inevitable.

Sholton cruzó una mirada con su adjunto.

—El asesino conocía las costumbres de la víctima —dijo Deinand.

—Así lo creo yo —opinó Slade—. Bien, caballeros, mañana redactaré un informe más completo y se lo enviaré a Richdale para

que procedan en consecuencia.

—Gracias, doctor. Por el momento, tenemos más que suficiente. Doctor Brintner...

—Adiós, teniente. Mucho gusto, sargento —contestó el otro médico.

Los dos hombres salieron del hospital. Frente al edificio, Sholton dijo:

—Vamos a la cabaña de Naylor. Sería conveniente que diésemos un vistazo al escenario del crimen.

—Sí, señor —aprobó Deinand.

—Luego hablaremos con la viuda. —Sholton suspiró—. Ésta es la parte más desagradable de nuestra profesión.

—Pero no por ello menos necesaria, teniente —dijo Deinand, con harta filosofía.

Sholton hizo un signo de asentimiento. Subió al coche y dio el contacto. Deinand se sentó a su lado.

—Un lugar muy pintoresco para pasar las vacaciones, ¿verdad, teniente? —comentó una vez el automóvil estuvo en marcha.

—Sí, pero a nosotros lo que menos nos interesa es el paisaje —replicó Sholton, con expresión ceñuda.

—La señora Naylor no sabe nada —dijo Sholton—. Lo único que puede informar es que su esposo se encontraba bastante nervioso en los dos o tres días que precedieron a su muerte.

El capitán Wroner lanzó un bufido.

—Primero Beand, después Naylor —masculó—. Ambos eran ciudadanos muy notables de la ciudad. Los dos han muerto a manos de la misma persona... ¿No dice usted que encontró huellas de los mismos zapatos en los alrededores de la cabaña?

—Sí, señor. Me los sé de memoria. Hasta en sueños veo esas huellas —confesó el joven disgustadamente.

—Pero de Naylor no se sabe que recibiera ninguna amenaza previa, Sholton.

—Desde luego, señor. Yo me supongo que quemó o destruyó el papel que le envió ese sujeto.

—¿Han registrado a fondo su oficina?

—Por supuesto, pero no hemos encontrado nada... Tampoco entre los papeles de su despacho privado, en su casa.

—Las huellas del asesino indican que es una misma persona. Por

tanto, resulta lógico suponer que también le pidió dinero. Sholton, estoy empezando a creer que había algunos puntos turbios en el pasado de esos hombres.

—Yo también lo creo así, señor —concordó el oficial—. Y si lográsemos conocer ese pasaje oscuro, me parece que habríamos adelantado un paso importantísimo.

—Sholton, debemos adelantar no un paso, sino todos. De lo contrario —gruñó Wroner—, nuestras cabezas, políticamente hablando, no van a valer un centavo.

—Ya lo sé, señor —dijo Sholton, resignadamente—. Pero no podemos hacer más; hemos recurrido a todos los extremos.

—No me lo diga; le conozco lo suficiente para saber que no ha dejado de husmear por todas partes. Ahora tendrá que indagar en el pasado de Naylor.

—Hemos empezado ya. Mañana volveré a interrogar a la viuda. También tenía una secretaria. Hablaré con ella.

—No olvide sus amistades, Sholton.

—Por supuesto, señor.

Deinand entró en aquel momento.

—El temporal da señales de amainar —dijo gráficamente.

Sholton se sintió esperanzado al oír aquellas palabras.

—¿Ha sabido algo nuevo, sargento?

—Ya tenemos la dirección de la tienda que vendió los zapatos —contestó—. Es más, incluso he recibido noticias de su dueño.

—Hable, Deinand —pidió ansiosamente el capitán Wroner.

—Los zapatos fueron adquiridos hace año y pico... El dueño dice que no vio al comprador, que la compra fue hecha por correo, anticipado el importe y que remitió los zapatos aquí, a Richdale.

—¿Se sabe el nombre del destinatario? —preguntó Sholton.

—El paquete vino a Lista de Correos, a nombre de T.

K. Wikkeys.

Es todo lo que puedo decirles por ahora —expresó el sargento.

—Tendrá que indagar en la oficina de Correos —sugirió Wroner.

—Me disponía a hacerlo ahora mismo, pero creí conveniente hacerles conocer las novedades. Con su permiso, capitán...

—Llame apenas sepa algo, Deinand —rogó Sholton.

—Sí, señor.

Los dos hombres quedaron solos nuevamente.

Con aire pensativo, Wroner dijo:

—T. K. Wikkeys... Un nombre bien raro, ¿no le parece?

—Con toda seguridad, un seudónimo, señor —afirmó Sholton.

—Es lo menos que se podría esperar del asesino... —sonrió Wroner—. Pero si los zapatos fueron comprados hace más de un año... ¿sabe lo que significa eso, teniente?

—Sí, señor. El asesino ha estado planeando sus crímenes durante todo ese tiempo.

—Y no los ha ejecutado sin antes un profundo conocimiento de las costumbres de sus víctimas. El disparo de la flecha fue tal vez una coincidencia afortunada para el asesino, pero no es menos cierto que no podía ignorar que Beand se quedaba muchas noches a trabajar en su propia casa. Si era verano, con la ventana abierta.

—En cuanto a Naylor, conocía su afición por la pesca. Es muy posible también que sospechase que Naylor trataría de esconderse en su cabaña de las Bradshaw Hills. Por tanto, se anticipó a él, impregnó los anzuelos de curare y luego los sujetó con fuerza en la tablilla.

Wroner asintió preocupadamente.

—Así tuvo que ocurrir, Sholton —convino—. ¿Habría más víctimas? —murmuró.

Sholton se estremeció.

—¿Quién sabe, señor? —contestó, presintiendo que, en efecto, Naylor no iba a ser la última víctima del asesino alto y de cuerpo esquelético.

CAPÍTULO VII

Mientras preparaba la bebida, Edwina Thoms dijo:

—Estás preocupado, Jay.

Sholton asintió.

—Lo admito —contestó.

Ella le entregó el vaso alto.

—Seguiré pintando, Jay, si no te importa.

—Claro.

Sholton tomó un par de sorbos.

—Tienes una mano estupenda para preparar las bebidas —elogió.

—Es un arte como otro cualquiera —contestó ella, sonriendo—.

¿Habéis averiguado algo más sobre el asesino de Naylor?

—No. La secretaria se ha puesto mala al conocer la noticia. En cuanto a su mujer, está atiborrada de drogas sedantes.

—Se comprende, claro.

Sholton miró a la joven por encima de su vaso.

—A ti, y perdona que te lo diga, te sucedería algo parecido cuando murió tu esposo —calculó.

—No —contradijo ella—. Lo sentí, pero no me dio por el histerismo. Jay, hablando francamente, estaba harta de él.

—¿Te daba mala vida?

Edwina hizo una mueca, sin quitar la vista del tablero de dibujo.

—¿Te parece que soy guapa? —preguntó.

—¡Qué cosas tienes! —rió el joven—. Salta a la vista, Edwina.

—Hubo quien no lo vio más que en los primeros meses de matrimonio —dijo ella.

—Comprendo. Tenía vocación de sultán.

Edwina sonrió ligeramente.

—Sí. Lo malo era que su fortuna no le permitía mantener un harén.

—Y te pedía a ti dinero.

—En efecto. Yo me harté enseguida, créeme.

—Me lo supongo. —Sholton vació el vaso y se puso en pie—. Edwina, tendrás que dispensarme.

Ella abandonó los pinceles.

—Tú no necesitas excusarte —contestó, sonriendo—. Esta casa está abierta para ti siempre que quieras.

Sholton tomó las manos de la joven con las suyas.

—Eres una mujer maravillosa, Edwina. Comprendo que receles del matrimonio... pero un día quizá encontrarás el hombre que te haga conocer de nuevo la felicidad.

Los ojos de Edwina se humedecieron.

—Imposible, Jay, imposible —murmuró, sordamente. Su esbelto seno subía y bajaba apresuradamente. Sholton advirtió que ella era presa de una gran agitación interior.

—He traído a tu memoria recuerdos muy amargos —dijo—. No volverá a suceder más, te lo aseguro.

Edwina hizo un esfuerzo y sonrió.

—Gracias, Jay. —Soltó sus manos, aún presas en las del joven—. Ven cuando quieras —insistió.

—Sí, Edwina. Buenas noches.

—Buenas noches, Jay.

Cuando entraba en su casa, sonaba el teléfono. Sholton corrió a la mesita y levantó el aparato.

—Habla el teniente Sholton —anunció.

—Soy Deinand —dijo el sargento al otro lado de la línea—. Tengo noticias, señor.

—Hable, le escucho.

—He podido dar con el empleado de Correos que atendió a T. K. Wikkeys.

Me ha dado una descripción bastante detallada del asesino.

—Del presunto asesino, no lo olvide, Deinand —corrigió Sholton.

—Bueno, tanto da... Era un muchacho joven, alto, con largas melenas, como ahora es la moda, vestido con un chaquetón de cuero negro, botas de medio tacón, estilo vaquero, y con unas grandes gafas oscuras. Recogió el paquete, firmó en el libro

correspondiente y... eso fue todo. Perdón, se me olvidaba una cosa. El color del pelo era muy claro, teniente. Al empleado de Correos le pareció paja.

Sholton suspiró.

—*Uno de esos blousons noirs* —dijo.

—Disfrazado como tal, que no es lo mismo, teniente.

—Sí, claro. Deinand, tiene que hacer una cosa.

—Diga, señor.

—Es preciso obtener una fotografía de la firma de Wikkeys. Posiblemente haya desfigurado la letra, pero siempre quedan rasgos que pueden ser reconocidos por los calígrafos.

—Entendido, señor.

Sholton colgó el teléfono y encendió un cigarrillo.

Un hábil disfraz de *blouson noir*. Bastaría luego cortarse el pelo —si no era una peluca—, y ponerse unas ropas normales, para sin gafas oscuras, resultar absolutamente inidentificable.

«Un tipo muy listo. Infernalmente listo», pensó.

Mildred Naylor dijo:

—No, mi esposo no había salido de Richdale en los últimos años, salvo cuando íbamos de vacaciones.

—¿Está segura, señora? —preguntó Sholton.

—Segurísima... —La voz de Mildred vaciló de repente—. Bueno, ahora que caigo... Fue hace cuatro o cinco años, no recuerdo bien, teniente.

—¿Qué pasó entonces, señora Naylor?

—Me parece recordar que el pobre Rhett dijo que tenía que hacer un viaje a Chicago, por asuntos de negocios. Estuvo fuera algunos días, no consigo recordar cuántos... ¿Por qué no va a ver a su secretaria?

Sholton contempló a la opulenta mujer que tenía frente a sí. Era guapa, vistosa, de piel muy blanca, hecha resaltar por el traje de luto que vestía ahora. La pena que sentía Mildred no le impedía tener la mano en continuo movimiento; de la caja de bombones a su boca, de la caja de bombones a su boca...

«Se lo toma con calma», pensó el oficial de policía, pese a que Mildred había anunciado a gritos la víspera que no quería vivir sin su esposo.

—¿Cómo se llama la secretaria, señora? —preguntó cortésmente.

—Betty Kulp, teniente.

—Gracias, señora.

Media hora más tarde, Sholton estaba en presencia de Betty Kulp.

Tratábase de una joven de aspecto agradable, la cual se hallaba sumamente impresionada por la muerte de su jefe, hasta el punto de haberse visto obligada a meterse en cama. Su madre la atendía solícitamente, y aunque en el primer momento torció el gesto al conocer las pretensiones de Sholton, acabó por acceder y le introdujo en la habitación de Betty.

Después de las primeras palabras de condolencia Sholton dijo:

—Se trata de que recuerde cierto pasaje de la vida del señor Naylor, es decir, si trabajaba usted con él hace cinco años, señorita Kulp.

Betty asintió.

—Entré en su despacho a los dieciocho años, teniente. Tengo ahora veinticuatro...

Sholton sonrió.

—No son muchas las mujeres que confiesen su edad de tan buen grado —comentó—. Está bien, señorita; si trata del viaje que su jefe hizo a Chicago hará unos cinco años. ¿Recuerda usted algo sobre el particular?

—Sé que tuvo que desplazarse por negocios, pero estimo que serían privados, porque no comentó nada conmigo —contestó Betty.

—¿Seguro? ¿No le dijo el nombre de la empresa o de las personas con las cuales pensaba tratar?

Betty se esforzó en recordar.

—Espere —dijo al cabo—. Después de su viaje a Chicago, recibimos en la oficina una carta de la

Crown & Brory,
Inc.

Sholton se puso tieso.

—¿Qué decía esa carta, señorita?

—Era una cortés negativa a una proposición de negocios que había formulado el señor Naylor, supongo que verbalmente durante su estancia en Chicago.

—¿Qué hizo el señor Naylor al recibir la negativa? ¿Se enojó?

—Al contrario. Se lo tomó con toda tranquilidad, dijo que ya esperaba algo por el estilo y luego me ordenó que echara la carta al cesto de los papeles.

—¿Sabe cuántos días estuvo en Chicago, señorita?

—Diez o doce, no recuerdo bien, teniente.

—¿Dijo algo de ir acompañado por algún amigo?

Betty meneó la cabeza.

—No, teniente; no le oí decir nada al respecto —contestó.

El sargento Deinand arrojó una fotografía sobre la mesa de Sholton y dijo:

—Ahí está la fotografía de la firma de Wikkeys, teniente.

—Muy bien, Deinand; la guardaremos para cuando llegue el momento. Ah, Naylor también estuvo en Chicago hace cinco años.

—Interesante —murmuró el sargento, con los ojos entrecerrados—. ¿Para hacer negocios con la Crown?

—Sí, pero esa empresa le contestó más adelante que no interesaban sus proposiciones.

—Más o menos como en el caso Beand. ¿Sabe lo que pienso yo, teniente?

—Hable, Deinand —invitó Sholton.

—Esos dos hombres fueron a Chicago para hacer algo nada limpio. Tenían que justificar de algún modo su viaje y se aprovecharon de la Crown, la que les sirvió como tapadera, claro que involuntariamente.

Sholton hizo un signo de asentimiento.

—Cierto —convino—. Y de este modo, contaban incluso en Richdale con personas que podían justificar los motivos de su estancia en Chicago.

—Las secretarias. Si luego el negocio falló... Bueno, no todos los negocios salen bien.

—Exactamente. Pero ¿qué hicieron en Chicago cinco años atrás? Porque a mí me parece que no se pide a un hombre que pague cien mil dólares sólo por callar unos cuantos días de juerga, máxime cuando se le amenaza con matarlo si no paga.

—Eso es verdad —concordó Deinand—. Un chantajista vulgar, sobre todo si es un profesional, habría pedido mucho menos dinero, a fin de obtener la cantidad solicitada; y su amenaza se habría referido a revelar el secreto que conoce de su extorsionado, pero

nunca a matarlo.

—Lo cual significa que esos dos pájaros hicieron algo gordo en Chicago, sargento. ¿Qué fue? ¿Cómo podríamos averiguarlo?

Hubo una pausa de silencio. Luego, de pronto, Sholton apuntó a Deinand con el dedo:

—Sargento, vaya a Chicago, preséntese en el *Tribune* y dígales que le dejen examinar los ejemplares de cinco años atrás. Si hicieron algo gordo, tuvieron que dar la noticia los periódicos.

Deinand no se inmutó siquiera cuando supo que tenía que hacer un viaje a una ciudad situada a más de dos mil kilómetros de distancia.

—Bien, señor —respondió escuetamente.

Cuando salía de la Jefatura, Sholton recibió una gran sorpresa.

Leona Klaner se paseaba por la acera del edificio, las manos a la espalda y un bolso de color rosa fuerte pendiente de ellas. El vestido era también del mismo color y la falda era extremadamente corta.

Ella le dirigió una brillante sonrisa.

—¡Caramba, a quién tengo el honor de encontrarme apenas llego a la ciudad! —exclamó.

Sholton se quedó parado un instante. No tardó en reaccionar.

—Tenía entendido que iba a volver a Chicago —dijo.

—Sí, pero me lo pensé mejor y decidí darme otra vuelta por Richdale. ¿Quiere que le explique por qué lo hice?

—Resultaría interesante, en efecto —sonrió Sholton.

—Sí, pero... Oiga, hace mucho calor, teniente. ¿Por qué no me invita a un refresco?

—Con mucho gusto, señorita Klaner. Venga conmigo, por favor.

—De acuerdo... Ah, deje las ceremonias a un lado. Llámeme Leona, simplemente.

—Un nombre muy curioso para llevarlo una mujer —observó él, mientras caminaban por la acera.

—Pero refleja exactamente mi modo de ser. Si alguien me ofendiera le desgarraría con mis uñas. —Leona rió jovialmente—. No haga caso, teniente; soy incapaz de matar a una mosca.

Leona tenía la charla fácil y voluble. Sholton se sentía extrañamente atraído hacia ella, pero al mismo tiempo no dejaba de albergar un cierto sentimiento de recelo que, sin embargo, procuró

no mostrar exteriormente.

Momentos después se hallaban sentados ante el mostrador de una cafetería. Sholton pidió una cerveza y ella encargó un monumental helado de fresa, que atacó con golosa decisión.

—Bueno —habló él, pasados unos minutos—, aún no me ha dicho por qué ha vuelto a Richdale.

—Ah, sí —contestó la chica—. Casi lo había olvidado ya... ¿Sabe? La última vez me fue bastante bien con los seguros. He regresado porque quiero estudiar las posibilidades de establecimiento de una agencia de mi compañía en Richdale.

—Vaya —dijo Sholton—. Nunca me lo hubiera imaginado, Leona.

—Aún es pronto para saber algo concreto, pero, en conjunto, la ciudad es prometedora en este aspecto aparte de que me agrada. Sinceramente, Jay, no me disgustaría quedarme a vivir aquí.

—¿Por qué, Leona? Dejando aparte el negocio, claro.

—Bueno, Chicago es grande, húmedo, gris y triste... Sopla demasiado viento y los inviernos son terribles.

—También aquí tenemos nuestros inviernos, Leona y no son nada cómodos de pasar.

—Sí, pero es otra cosa. Richdale es una ciudad ni grande ni pequeña, abierta de espacios, con bonitos paisajes en las inmediaciones... El invierno tiene que ser aquí encantador, Jay, se lo aseguro.

Sholton no pudo por menos de sonreír ante la vehemencia de la chica.

—Algunos no piensan igual, pero si Richdale le agrada, quédese.

—¿A usted le gustaría, Jay? —preguntó ella, mirándole a la cara.

—No me desagradaría del todo, Leona.

—Estaré aquí todavía unos días —declaró la joven—. Creo que para entonces ya habré llegado a una decisión. Aparte, naturalmente, de lo que piensen los altos directivos de mi compañía.

—Usted les convencerá, no hay duda —sonrió él.

—Eso espero... Jay, ¿cómo van las investigaciones sobre el caso Beand? —preguntó Leona, de repente.

—Mal —respondió él, sin ambages—. Todavía no tenemos una

pista concreta que nos permita llegar hasta el asesino. Es más, puedo afirmar que ha cometido un segundo crimen y que probablemente no será el último.

—Pues es una perspectiva como para echarse a temblar — exclamó Leona, cuya sonrisa se había borrado repentinamente.

Sholton, que observaba a Leona con detenimiento, captó el gesto de seriedad que había aparecido en su rostro. De repente, se dio cuenta de un detalle.

Había conocido a Leona el mismo día del asesinato de Beand. Ella había vuelto después de asesinado Naylor. O quizá estaba ya en Richdale en los momentos en que se cometía el crimen... porque cabía la posibilidad de que tuviese alguna importante relación con ambos hechos.

En Richdale o en Center, localidad la más cercana al lugar donde había muerto Naylor. A Sholton le pareció una coincidencia hartos sospechosa y sus recelos hacia Leona aumentaron.

Tendría que vigilarla atentamente, se prometió, mientras reanudaba con ella una charla sin trascendencia.

CAPÍTULO VIII

Andy Murfresh cogió la botella y la inclinó sobre el vaso. El gollete tintineó varias veces al rozar el borde del vaso.

Sus manos temblaban visiblemente, pero consiguió llevar el vaso hasta los labios y despachó todo su contenido de un largo trago.

—Estás nervioso, Andy —observó Lester O’Cohn.

—¿Cómo diablos quieres que esté, después de la muerte de Naylor? —estalló Murfresh—. ¿A cuál de nosotros le tocará ahora el turno?

—Será mejor que te tranquilices —dijo Tibbet—. Perder la calma no conduce a ninguna parte.

Sus manos temblaban visiblemente, pero consiguió llevar el vaso hasta los labios y despachó todo su contenido de un largo trago.

—Si no es a la cárcel para toda la vida —añadió O’Cohn.

—Pero es que hay en Richdale alguien que lo sabe —se quejó Murfresh, casi llorando.

—Lo sabe, pero ¿puede probarlo? —preguntó Tibbet.

—Eso es cierto —convino O’Cohn—. Nadie puede probar que fuimos nosotros.

—¿Y qué? Al asesino no le importan las pruebas —rezongó Murfresh—. Él sabe que fuimos nosotros y no necesita de juez ni jurados para dictar sus sentencias.

—Andy, creo recordar que habíamos acordado no pagar —dijo Tibbet, severamente.

—Sí, pero si el tipo ese continúa cometiendo más crímenes...

—¿Pagarás tú si recibes la carta? —quiso saber O’Cohn.

Murfresh se sirvió otro trago.

—Sí —dijo al cabo—. ¡Al diablo los cien mil dólares! Quiero vivir, ¿me comprendéis? A mí no me pasará lo mismo que a Beand y a Naylor, os lo aseguro.

Tibbet se sirvió también otra dosis de licor. Luego se sentó y

contempló a Murfresh a través de los párpados entrecerrados.

El punto flaco, el eslabón débil, el trozo gastado de la cuerda... aquél era Andy Murfresh.

Si pagaba, el asesino seguiría exigiéndole dinero. Llegaría un momento en que Murfresh no podría atender sus demandas.

Entonces, el asesino culminaría su venganza: habría arruinado a Murfresh y terminaría por delatarlo a la policía.

No había pruebas, en efecto, pero Murfresh se derrumbaría y confesaría. Una confesión podía ser admitida como prueba en un tribunal. Andy delataría los nombres de los supervivientes... él, Tibbet, y O'Cohn. No, no se podía permitir que sucediera una cosa semejante.

Murfresh terminó el contenido de su vaso.

—Bueno —dijo—, yo me voy. Ya sabéis mi modo de pensar, así que no me vengáis luego con reproches. Aún soy joven. Quiero vivir, ¿estamos?

Tibbet y O'Cohn permanecieron silenciosos durante un buen rato, después de que Murfresh hubo abandonado la habitación. Al cabo, O'Cohn preguntó:

—¿Qué piensas tú, Lloyd?

Tibbet contuvo un bostezo.

—Bueno, si él tiene ese capricho...

—Estará loco si paga —gruñó O'Cohn.

—Ya lo sé, pero ¿podemos evitarlo de algún modo, Lester?

—Hay un medio, Lloyd —dijo O'Cohn lentamente.

—¿Cuál es, Lester? —preguntó Tibbet, fingiendo indiferencia.

—Anticiparnos nosotros al asesino.

Tibbet meneó la cabeza.

—No cuentes conmigo para eso, Lester —contestó—. ¿Lo harías tú en persona? No, claro que no. Entonces tendrías que contratar a un asesino profesional y eso, dígame lo que se diga, es lo peor que hay. Mañana volveré a hablar con Andy; trataré de convencerle de que se mantenga firme. Es lo mejor que podemos hacer, Lester.

O'Cohn se encogió de hombros.

—Como quieras, Lloyd —dijo—, pero sigo pensando que Andy es un peligro para nosotros dos.

Tibbet también pensaba de semejante manera, pero se guardaba sus proyectos para sí. Iba a ayudar a O'Cohn, desde luego; sin

embargo, tampoco se fiaba demasiado de él.

O'Cohn tenía mucha fachada, pero por dentro estaba hueco. También acabaría derrumbándose. Era preciso prevenirlo... pero el asunto más urgente se refería a Murfresh.

Mientras regresaba a su casa, pensó en el plan ideado desde hacía días. Parecería un accidente.

Era lo mejor y, ¿quién le iba a relacionar con el trágico suceso que muy pronto se iba a producir?

Andy Murfresh terminó su trabajo normalmente. Había pasado el día sobre ascuas. Por fortuna, no había recibido todavía la carta conminatoria.

Quizá fuese el último en recibirla, se dijo, asiéndose a una remota esperanza. Como fuera, no tenía deseos de acabar como Beand o como Naylor.

Sintió un escalofrío. Debía de ser horrible morir envenenado con curare. Se imaginó la agonía de Naylor y notó que la frente se le cubría de sudor.

Salió de la oficina y se metió en el ascensor que le condujo al sótano del edificio, donde se estacionaban los coches de cuántos trabajaban en aquel lugar. Era un lugar muy espacioso, con algunas grandes columnas que reforzaban el sistema de sustentación de la estructura del edificio.

Abrió la portezuela del coche, se sentó tras el volante y dio el contacto. El motor respondió satisfactoriamente y, tras embragar, arrancó y se dirigió hacia la rampa de estacionamiento.

Un hombre surgió entonces de detrás de la última columna. Tibbet sonrió satisfecho.

Sus amistades se habrían sentido asombrados de verle con la indumentaria de un mecánico. Claro que con grandes gafas ligeramente coloreadas y un bigote postizo estaba irreconocible.

En el bolsillo del mono tenía unos alicates y un punzón. Los circuitos dobles de frenado del automóvil estaban perforados.

Perdían líquido. Era una pérdida ligera, pero continua. Tibbet había hecho una prueba previa con su propio automóvil, y había cronometrado el tiempo en que tardaban los circuitos en quedarse sin líquido de frenos.

Esperaba que los cálculos le saliesen bien. Una vez hubo perdido de vista el automóvil de Murfresh, se dirigió hacia la escalera

interior que permitía la salida normal del edificio. El encargado de vigilar los coches no le había puesto el menor inconveniente cuando le dijo que Murfresh le había llamado para realizar una pequeña reparación en su automóvil.

Tibbet lo tenía estacionado tres manzanas más abajo, en una calle de escaso movimiento. Caminó tranquilamente, sin prisas. Ahora se iría a un rincón poco concurrido del parque Granthane y recobraría su aspecto normal. Mientras tanto, Murfresh...

El automóvil de Murfresh rodaba a buena velocidad, unos ciento diez a la hora. Alcanzó una curva y enfiló el tramo recto de unos trescientos metros que había antes del paso a nivel.

A lo lejos, se oyó la sirena del Silver *Express*. Murfresh, preocupado con sus problemas, no oyó el sonido.

El coche rodaba de nuevo a ciento diez. Murfresh se dio cuenta de que estaba ya cerca del paso a nivel y levantó el pie del acelerador.

Pisó el freno. El coche redujo algo la marcha, pero no todo lo que hubiera debido; era una reducción debida al freno del motor, pero no al de las ruedas.

Volvió a pisar el freno. Esta vez, el pedal llegó al suelo del coche.

La barrera estaba ya a menos de cincuenta metros. Murfresh sintió pánico.

El velocímetro marcaba todavía noventa kilómetros. Loco de pánico, tiró del freno de mano.

Sonó un fuerte «*crack*». El cable del freno de mano acababa de saltar.

El tren se acercaba a ciento sesenta kilómetros a la hora. Murfresh sintió que se le erizaban los cabellos.

Ya estaba encima de la barrera. Instintivamente, encogióse bajo el volante en el momento del choque. La barrera cedió sin dificultad; era un obstáculo más visual que real.

El coche se detuvo en el centro de la vía. Frenéticamente, Murfresh trató de salir de aquella trampa. Pero la puerta, con el choque, se había combado y la cerradura estaba bloqueada.

Trató de escapar a través de la ventanilla. La locomotora del Silver *Express* rugía tonantemente. Murfresh consiguió sacar medio cuerpo.

El ruido del tren era ya ensordecedor. El maquinista había visto el coche en el centro de la vía y hacía sonar insistentemente la sirena.

Era ya materialmente imposible detener aquella masa de centenares de toneladas, lanzada a ciento sesenta kilómetros a la hora. En el último instante, en medio de un fragor aterrador, Murfresh se contorsionó y miró hacia el lado de donde venía el tren.

El tamaño de la locomotora creció, creció... creció vertiginosamente. El último alarido de horror de Murfresh fue cortado en seco por el fenomenal estrépito del impacto que hizo volar al automóvil por los aires, lanzándolo con su ocupante a gran distancia.

Murfresh resultó despedido a treinta o cuarenta metros del lugar del impacto. Su cuerpo ascendió, revoloteó como un gran pájaro herido de muerte, inició la curva descendente y acabó estrellándose contra el suelo, mientras a su alrededor volaban todavía trozos del automóvil. Cuando terminó aquel pequeño vuelo, Murfresh ya no sentía nada.

—¿Ha leído la noticia, Jay? —preguntó Leona.

—No. ¿A cuál se refiere? —preguntó Sholton.

—Ese accidente del paso a nivel que hay en las inmediaciones de Harborough. El Silver *Express* atropelló a un automóvil parado en medio de la vía y mató a su ocupante.

Sholton removió el azúcar de su taza de café.

—No es el primer desgraciado que muere allí —contestó.

—El periodista se queja de las autoridades locales. Dice que ya es hora de que empiecen a construir un paso elevado para los vehículos.

—Siempre dicen lo mismo —contestó el joven con indiferencia—. Sí, es preciso construir ese paso a distinto nivel, pero creo que hay un conflicto de jurisdicciones.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Leona.

—Harborough es un barrio residencial de Richdale. Sin embargo, tiene cierta autonomía administrativa.

—Sí. ¿Y...?

—Bueno, los de Harborough dicen que el paso a distinto nivel corresponde a Richdale y los de Richdale dicen todo lo contrario.

Leona meneó la cabeza.

—Y el caso es que el Silver *Express* continúa causando víctimas de cuando en cuando —dijo.

Sholton hizo una mueca.

—Ahora, los periódicos se inundarán de cartas de protestas de lectores indignados, en especial de residentes en Harborough —profetizó con acento lleno de escepticismo—. Se publicará algún irritado editorial y las autoridades harán pomposas declaraciones. Pero dentro de dos semanas, todo habrá quedado olvidad.

—Hasta que se produzca una nueva víctima.

—Sí. ¡Ha pasado ya tantas veces!

Leona sonrió.

—Usted se siente cínico en este asunto —dijo.

—Lo siento, pero es así.

—¿Y en los casos Beand y Naylor?

Sholton suspiró.

—Me siento con una venda en los ojos, dentro de un túnel y a las doce de la noche —contestó.

—Lo cual significa que todavía no ha conseguido nada.

—No. Oiga, Leona, ¿se siente usted interesada por esos crímenes?

—No más que cualquier ciudadano corriente —declaró la muchacha—. Pero le conozco a usted, me parece un tipo simpático y deseo que tenga pronto un éxito.

—Se lo agradezco. Dígame, ¿ha decidido ya si se va a quedar en Richdale?

—Siento grandes deseos, pero la decisión final no depende sólo de mí, sino de otros factores.

—La aprobación de sus jefes, por ejemplo.

—En efecto. Y otras cosas más.

—¿Cuáles son, Leona?

Ella sonrió maliciosamente.

—No sea usted curioso, Jay. Si se lo digo, sabrá tanto como yo... y a una chica soltera y no mal parecida le gusta tener sus secretitos. ¿Comprende?

—Le advierto que soy policía y estoy acostumbrado a las confidencias.

—Es que, precisamente, por eso mismo no quiero decírselo.

—¿Teme que divulgue su secreto?

—Temo que se entere —contestó ella, mirándole fijamente a los ojos.

Sholton calló un instante.

¿Estaba relacionada Leona con los dos crímenes?

La duda le atenazó cruelmente el ánimo. ¡Era una muchacha tan simpática y atractiva!

Pero él era un policía y no podía fiarse solamente del aspecto externo. Tendría que continuar vigilándola, se dijo.

CAPÍTULO IX

Edwina Thoms abrió la puerta y dirigió una cálida sonrisa a su visitante.

—Hola, Jay —saludó—. Pasa, por favor.

—Hoy no tenía intención de venir a verte, pero tuve que hacer unas cosas relativamente cerca de tu casa y decidí llegarme, al terminar —manifestó Sholton, sin querer decir que el hotel Palladium, adonde había ido para acompañar a Leona Klaner, estaba en las proximidades del estudio de Edwina.

Dejó el sombrero en un diván. Edwina se acercó al aparador de los licores.

—No te molestes —dijo él—. Yo mismo me prepararé la bebida.

—Como quieras, Jay. ¿Te molesta que siga trabajando?

—Me molestaría que dejases el trabajo por mí —contestó Sholton.

Edwina se volvió a la mesa de trabajo. Sholton se puso dos dedos de licor y se fue a la cocina. Extrajo del frigorífico un par de cubitos de hielo y los agregó a la bebida.

Cuando volvió al estudio, Edwina se hallaba inclinada afanosamente sobre la mesa de trabajo, Sholton observó que ella tomaba ideas de una gran fotografía que tenía sujeta en un extremo de la mesa.

La curiosidad le hizo acercarse. Muchas veces, contemplaba el avance de la labor de Edwina, situado en las inmediaciones de la mesa. Ahora obró como en anteriores ocasiones.

La fotografía llamó especialmente su atención. Representaba a una muchacha, con blusa y pantalones blancos, cortos, en el momento de disparar una flecha mediante el arco correspondiente.

Era una fotografía realizada con arte singular. Parecía la representación de una moderna Diana cazadora.

Sholton observó un notable parecido entre la muchacha de la

fotografía y Edwina.

—¿Eres tú? —preguntó.

Ella volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa.

—Sí —contestó—. Hace casi diez años, cuando estudiaba Arte en la Universidad. Practicaba el deporte, pero el tiro de arco era el que más me agradaba. Llegué a ser campeona, ¿sabes?

Sholton sintió en su interior una especie de oscura llamada de alarma. Edwina había sido tiradora de arco y muy experta, según ella.

Pero era imposible. Una mujer tan dulce... convertida en una asesina. Increíble, se dijo. Debía desechar el acto aquellas estúpidas sospechas.

Más sospechosa era Leona Klaner, si cabía, la cual había aparecido en la ciudad justamente en los días de los asesinatos. Edwina no era, no podía ser.

—Ahora ya no practico el deporte —suspiró Edwina—. Acabaré por engordar...

Sholton se echó a reír.

—A juzgar por lo que yo veo, no tienes trazas de ganar un solo gramo —dijo—. ¿Cuánto tiempo hace de esta fotografía?

—Casi diez años —contestó ella—. Entonces tenía diecisiete recién cumplidos.

—Tu silueta actual y la de ahora son absolutamente idénticas —declaró Sholton.

Edwina se sonrojó ligeramente, a la vez que agradecía el cumplido con una inclinación de cabeza.

—Eres un buen amigo, Jay —dijo—. El mejor amigo que he tenido jamás —puntualizó.

Sholton atravesó el antedespacho para dirigirse a su oficina. Un agente le salió al encuentro.

—Ha llegado esta carta para usted, teniente —dijo.

—Gracias, Bower. ¿Qué se sabe del sargento Deinand?

—Todavía nada, señor. Aún no ha regresado de Chicago.

—Bien. Haga el favor de avisarme apenas tenga noticias suyas.

—Sí, señor.

Sholton entró en su despacho. Se quitó el sombrero, que colgó de una percha, y luego se sentó tras su mesa. Cogió una plegadera y rasgó el sobre.

Dentro había una cuartilla plegada en dos dobleces. Después de desplegarla, leyó:

«La muerte de Andy Murfresh en el paso a nivel de Harborough no ha sido un accidente, sino un asesinato. Sin embargo, su asesino no fue el mismo que mató a Beand y a Naylor. Murfresh no había recibido todavía un anónimo pidiéndole cien mil dólares. ¿Por qué no hace que sus expertos examinen los restos del automóvil de Murfresh?».

Inmediatamente, Sholton tocó el conmutador del interfono y llamó:

—Bower, venga.

El policía entró en el acto.

—¿Señor?

—Tiene que hacer una cosa sin pérdida de tiempo. Ahora mismo se ocupará de que los técnicos examinen minuciosamente los restos del automóvil que hace dos días fue destrozado en el paso a nivel de Harborough.

—Sí, señor. ¿Sospecha algo?

Sholton blandió la carta que acababa de recibir.

—Aquí dicen que fue un asesinato —contestó—. Es preciso averiguar lo que haya de verdad en este asunto.

—Bien, teniente; ahora mismo iré.

Bower abandonó el despacho sin dilación. Sholton abrió el cajón central y extrajo la fotografía de la firma de Wikkey y una potente lupa.

Comparó la letra del anónimo con la de la fotografía. Aunque el anónimo estaba escrito con caracteres que imitaban la letra de imprenta, estimó que podía haber rasgos comunes en la firma y en el mensaje.

Le pareció que ambos habían sido escritos por una misma mano, pero él no era un experto.

Volvió a usar el interfono:

—O'Hara —llamó—, haga el favor de venir en el acto.

Momentos después, se presentaba un agente de policía de mediana edad y rostro inteligente y reflexivo.

Sholton le entregó el mensaje y la fotografía con la firma de

Leona Klaner.

—Llévese esto —indicó—. Compare los caracteres de letra y dígame si han sido escritas por la misma mano. Haga también que analicen el papel y procure averiguar dónde ha sido escrito. Es urgente, ¿comprende, O'Hara?

El policía asintió.

—Bien, señor; le informaré lo más pronto que pueda —prometió. Sholton se quedó solo.

De nuevo crecían sus preocupaciones. ¿Estaba Murfresh complicado en aquel turbio asunto que aún no habían logrado conocer y que, según todos los indicios, se había producido cinco años atrás?

Así lo parecía, a juzgar por el mensaje recién recibido. Pero ¿qué asunto era?

Tendría que resignarse a esperar la vuelta del sargento Deinand, no le quedaba otro remedio.

Lester O'Cohn abrió la carta y sacó de su interior una cuartilla que desdobló sin prisas. Leyó su contenido y estuvo a punto de desmayarse.

«Murfresh ha muerto. Asesinado. Pero no lo maté yo. Todavía no le había pedido los cien mil dólares que debía pagar. ¿Has sido tú? En caso contrario, ha sido el otro superviviente, quien, puedes estar seguro de ello, no quiere que quede nadie vivo que pueda delatarle y contar lo que ocurrió hace cinco años. ¿Te ha llegado el turno, Lester O'Cohn?».

O'Cohn estrujó el papel, lívido de ira. Tibbet, había sido Tibbet, no le cabía la menor duda.

Y ahora, se dijo, estaría planeando su muerte también. Pero no le dejaría que se le adelantase.

Antes lo liquidaría él, por supuesto. Pero era preciso hacer las cosas bien. En modo alguno le convenía que después se descubriera que había dado muerte a Tibbet.

Luego pensó en que, una vez se hubiese quedado solo, todavía tendría que luchar con un enemigo: el desconocido asesino que sabía su participación en el atraco que les había reportado

seiscientos mil dólares.

¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿De dónde había venido?

Pero la pregunta más acuciante era: ¿Cómo había llegado a conocer el secreto que habían guardado tan celosamente durante cinco años?

O'Hara entró en el despacho de Sholton con una fotografía en las manos, acompañada de un informe escrito.

—Puedo asegurarle que el mensaje y la firma proceden de la misma mano, señor —dijo.

Sholton se quedó abrumado.

¡Había sido Leona Klaner!, pensó en el acto.

Hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Gracias, O'Hara —contestó—. Déjelo todo sobre la mesa.

—Bien, señor. El papel del mensaje ha pasado ahora a examen de los técnicos para conocer su procedencia.

—Muy bien.

Sholton volvió a quedarse solo. Su primera impresión acerca del mensaje había sido errónea.

Pero ¿por qué Leona...?

Todavía le faltaba hacer una cosa, sin embargo. Sacó la lupa nuevamente, se la echó al bolsillo y se puso en pie.

Recogió la fotografía y el sombrero al pasar. Luego salió de su despacho.

Minutos más tarde, se hallaba en la recepción del Palladium.

—Tengo entendido que la señorita Klaner se aloja aquí —dijo.

—En efecto, señor —contestó el empleado.

—Déjeme ver el libro de registro, por favor —pidió Sholton.

El recepcionista le conocía y accedió sin objeciones. Sholton buscó la última inscripción de Leona, puso la fotografía a un lado y empezó a comparar ambas firmas con la ayuda de la lupa.

Momentos después, llegaba a una desconcertante conclusión. En aquel caso sí era cierto que ambas firmas procedían de manos distintas.

No obstante, era preciso hacer una comprobación más firme.

—Enviaré a un agente para que compare ambos caracteres de letra —dijo—. Por supuesto, esto es confidencial.

—Descuide, teniente —contestó el empleado.

—Ah, y otra cosa. ¿Guardan ustedes todos los libros de registro

del hotel... pongamos de dos o tres años a esta parte?

—Sí, señor. ¿Quiere conocer algo relativo a determinado cliente?

—Sí. Deseo saber si la señorita Klaner se alojó aquí hace un año, quizá algo más; en todo caso, un plazo no superior a catorce o quince meses.

El empleado negó enfáticamente.

—Tengo buena memoria, teniente —declaró—, y puedo asegurarle que la señorita Klaner no había estado nunca aquí hasta hace unas cuantas semanas.

—¿Quién habla de mí a espaldas mías? —Sonó en aquel momento la voz de la muchacha.

Sholton se volvió.

—Yo —contestó secamente.

El empleado se retiró a un lado, discretamente. Sholton y Leona quedaron frente a frente.

—¿Está investigando mi pasado, Jay? —preguntó Leona.

—Debo admitir que sí.

—Eso significa que me considera como sospechosa.

—Lo siento, Leona.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—No puedo evitarlo, pero temó que se llevará un rotundo chasco, Jay —profetizó.

—Veremos —respondió él—. Por ahora, me veo obligada a pedirle que no abandone la ciudad sin mi permiso.

—No pensaba hacerlo —sonrió Leona—. Dispénseme, tengo trabajo.

—¿Está buscando clientes para sus pólizas de seguro?

—Tal vez —contestó la chica desenvueltamente—. Hasta luego, Jay.

Sholton no contestó. Se mordió los labios, lleno de una gran preocupación.

¿Qué papel desempeñaba Leona en aquel asunto tan lleno de enigmas?

Lloyd Tibbet leyó la carta y lanzó una maldición.

«¿Has sido tú el autor de la muerte de Andy Murfresh? Si no has sido, entonces es O'Cohn el culpable. O'Cohn ha creído conveniente silenciar a Murfresh. Puede que intente hacer lo mismo contigo.

Vive prevenido... y de este modo podrás pagarme los cien mil dólares que constituirán tu seguro de vida».

La mano de Tibbet se cerró sobre la carta, estrujándola con gesto lleno de rabia.

Comprendía las intenciones del remitente. Tres habían muerto ya. Quedaban dos.

El asesino intentaba enfrentarlos. A Tibbet, una vez lanzado ya, no le importaba continuar por la pendiente del crimen. Pero, desanimado, se dijo que una vez hubiese terminado con O'Cohn, la amenaza sobre él persistiría.

Habría de pagar cien mil dólares por sobrevivir. ¿Se conformaría el asesino con esta primera entrega a continuaría estrujándole hasta dejarlo en la ruina?

Desechó momentáneamente estos pensamientos. Por ahora, se dijo, el problema más urgente era Lester O'Cohn. ¿Cómo deshacerse de él sin correr riesgos?

CAPÍTULO X

El agente Bower entró en el despacho y dijo:

—Los restos del automóvil de Murfresh denotar, sin lugar a dudas, que el accidente fue provocado.

—Explíquese, Bower —pidió Sholton.

—Se han encontrado en los circuitos de frenado unas perforaciones que no corresponden en modo alguno a roturas producidas por el impacto de la locomotora.

—Es decir, que el auto se quedó sin frenos en el momento más crítico.

—Sí, señor. Evidentemente, el autor del hecho debió de calcularlo bien: incluso sospecho que hizo pruebas con otro coche para medir el tiempo y hacer que Murfresh llegase a las cercanías del paso a nivel, tratara de frenar y no lo consiguiera.

—Es muy probable. ¿Nada más, Bower?

—Sí, señor. El asesino previó todas las eventualidades y cortó parcialmente el cable del freno de mano. Al darse cuenta de que se quedaba sin frenos. Murfresh tiró de la palanca del de mano, confiando en que, aunque no fuese demasiado, reduciría la velocidad de su auto lo justo para llegar indemne a la barrera del paso a nivel. El cable saltó en el acto, como puede comprenderse, y el accidente se hizo ya inevitable.

Sholton hizo una señal de asentimiento.

—Indudablemente, eso es lo que ocurrió. Pero usted me ha dado una idea, Bower.

—Diga, señor.

—Ha sugerido que el asesino tuvo que calcular el tiempo que tardaría el circuito de frenado en quedarse vacío de líquido. Por tanto, es obvio que hizo una prueba. ¿En su propio coche?

—Tal vez, señor —admitió Bower.

—En ese caso, luego lo tuvo que llevar a reparar —afirmó

Sholton—. Haría la prueba final en una carretera despejada, de modo que no tuviera que temer en un choque. ¿Qué pasó después?

—Llevaría el coche a un taller, supongo.

—¿Por sí o telefoneó pidiendo una grúa para remolque? Averigüe esos extremos, ¿quiere?

Bower asintió.

—Desde luego. Averiar un circuito de frenado es fácil; repararlo, ya no tanto. Bien, empezaré a recorrer todos los talleres y estaciones de servicio de la ciudad. Le avisaré apenas sepa algo.

La puerta del despacho se abrió en aquel momento. Sholton pegó un salto en su asiento.

—¡Deinand! ¡Por fin!

El sargento hizo una mueca.

—Soñaré con periódicos durante un mes —dijo—. Menos mal que podía trabajar sentado.

Sholton hizo un gesto con la mano. Bower salió del despacho.

—Hable, Deinand —pidió Sholton ávidamente.

—Su sillón tiene brazos, ¿no? —contestó el sargento.

—Pues... sí. ¿Por qué lo dice, Deinand? —se extrañó Sholton.

—Agárrese bien y escuche, teniente. Hace cinco años, se cometió un asalto a un camión blindado, que transportaba seiscientos mil dólares. Los atracadores eran seis y se produjo un pequeño tiroteo. Uno de los tripulantes del blindado murió de un balazo.

—Sí. ¿Qué más?

—Bien, el hecho se produjo en Joliet.

—En dónde está la fábrica de calzado.

—Justamente. Pero la Reverton no tiene nada que ver con el asunto; ni siquiera era suyo aquel dinero. La única relación que tiene con el caso es que el asesino compró un par de zapatos, como miles de personas.

—Desde luego. ¿Eso es todo, Deinand?

—No, señor. Ahora es cuando de veras ha llegado el momento de agarrarse a los brazos del sillón. El muerto se llamaba Lewis Klaner.

Sholton sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—¡Klaner! ¿Hermano de Leona?

—Su padre. Lo he comprobado. Es más, he hablado incluso con su madre.

Los ojos del joven centellearon.

—¿Es cierto que ella trabaja para una compañía de seguros? —preguntó.

—Absolutamente cierto, pero no es agente, sino investigadora.

—Investigadora —repitió Sholton pensativamente—. Entonces, está aquí porque los atracadores...

—Así lo pienso yo, señor. De algún modo, ella sabe que residen en Richdale. Desde luego, ni la policía de Chicago ni la de Joliet los han podido encontrar todavía ni, naturalmente, se ha recuperado un centavo del dinero robado.

—Un buen golpe —murmuró Sholton—. Realizado por unos sujetos que vivían nada menos que a dos mil kilómetros... pero ¿cómo llegaron a conocimiento de que aquel día, precisamente, el camión blindado iba a transportar seiscientos mil dólares?

—Una de las informaciones que he recogido se refiere a un sujeto llamado Quicky Benton, al cual la policía de Chicago acusó en un principio de estar complicado en el hecho. La acusación no prosperó, sin embargo, por lo que hubo de ser absuelto de este delito. He hablado con uno de los funcionarios del Departamento de Homicidios de Chicago y me dijo que, personalmente, está convencido de que Benton tenía algo que ver con el asunto. Es más, ese funcionario jura y perjura que Quicky fue el organizador del robo.

—¿En qué se basa para ello? —preguntó Sholton.

—Benton era un experto profesional, que había planeado y dirigido ya varios golpes de importancia. Finalmente, fue condenado a diez años, pero murió hace poco más de uno en la cárcel.

—Por tanto, Quicky ya no nos puede decir nada al respecto.

—No, señor. Sin embargo, yo me he fijado en un detalle.

—Diga, Deinand —invitó Sholton.

—Beand, Naylor y Murfresh tenían todos una edad aproximada, alrededor de los cuarenta, uno o dos años más, en todo caso. Los tres estuvieron en la guerra de Corea, en una compañía especial de asalto. ¿No le dice nada eso, teniente?

Sholton se quedó pensativo un momento.

—Unidad, método, organización y disciplina —dijo al cabo.

—Exactamente, señor —declaró el sargento triunfalmente—. Fue

un auténtico golpe de comandos, ejecutado con un máximo de precisión y no digamos de perfección. Consiguieron seiscientos mil dólares y... ¡la del humo!

—Cierto —murmuró Sholton—. ¿Había estado también Benton en Corea?

—No, aunque a mí me parece que su papel se limitó al de... digamos estado mayor: información y planeamiento de la operación. Y los demás se encargaron de la fase de ejecución.

—Así tuvo que ser —dijo el joven, aceptando sin dudar la tesis de su subordinado. Se puso en pie—. Bien, tendré que hablar con la linda señorita Klaner.

—¿Quiere que le acompañe? —sugirió Deinand.

—No. Si no le importa, prefiero ir solo. Usted debe descansar, Deinand; me parece que le está haciendo falta.

—Un poco, sí, señor —admitió el sargento, sonriendo. Sholton tomó su sombrero. Antes de salir, dijo:

—Una última pregunta, Deinand. ¿Se sabe cuántos intervinieron en el asalto?

—Cinco, señor. Aparte de Benson, naturalmente.

—Lo cual significa que tocaron a cien mil dólares cada uno.

—Justamente, señor.

Leona Klaner entró en su habitación, encendió la luz y entonces vio a Jay Sholton, sentado en un sillón, contemplándola con expresión sonriente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la muchacha.

—Esperarla —respondió Sholton—. ¿Le molesta?

—Me molesta que haya entrado sin mi permiso —dijo Leona ácidamente—. Sabe que habría accedido a recibirle, si me lo hubiese pedido. ¿Por qué no lo hizo así?

—Le pido perdón, Leona, pero usted tardaba en regresar y me permití subir a su habitación. Habría parecido feo que los dos subiéramos juntos desde el vestíbulo, ¿no cree?

—Podríamos haber hablado abajo, Jay.

—Mejor aquí. No tenemos testigos que nos escuchen ni nos vean.

Leona arrojó el bolso a un lado y se ahuecó el pelo con las manos.

—¿Tan grave es lo que me tiene que decir? —preguntó.

—Se refiere a Lewis Klaner, muerto hace cinco años en el asalto a un furgón blindado, de cuya tripulación él formaba parte.

Un súbito silencio se desplomó de pronto sobre la habitación. Lentamente, Leona caminó unos cuantos pasos, llegó a un aparador y tomó un cigarrillo de una caja que había sobre el mueble.

Sholton estudiaba callado sus reacciones. Leona entendió el cigarrillo y expulsó el humo con fuerza.

—Así que ya lo sabe —dijo pasados unos momentos.

—He tenido que enterarme. Soy policía.

—Tenía que suceder —suspiró ella—. No se lo reprocho, Jay.

—Gracias. ¿Por qué no se sienta y me lo cuenta todo? Leona le dirigió una penetrante mirada.

—Usted me consideraba sospechosa —dijo, sin hacer caso de la invitación.

—Póngase en mi lugar. Usted habría hecho lo mismo.

—Es posible. Se han cometido dos asesinatos...

—Tres —corrigió Sholton.

—¿Otro más? —exclamó Leona, sorprendida.

—Sí. Se ha dicho que es un accidente, pero es un asesinato. Está comprobado.

—¿Cómo ocurrió el accidente, Jay?

—Usted misma me lo hizo notar, cuando menciona el suceso del paso a nivel de Harborough —mintió Sholton.

—¡Oh! Así que Murfresh era otro de los complicados.

—Sí. Quedan dos, pero aún no conozco su identidad. ¿Lo sabe usted?

Leona movió la cabeza.

—No. Se lo diría, Jay, créame.

—Por supuesto. Pero todavía no la creo limpia de toda culpa.

Ella se irguió.

—¡Jay! —dijo, irritada.

—Su padre murió en aquel asalto —le recordó él.

—¡Vaya! Y usted cree que yo he venido a Richdale para vengarle.

—Parece razonable; la suposición, no la venganza ¿no cree?

—Está equivocado, Jay. Cuando ocurrió aquello, ya no tenía aún veinte años. La venganza no resolverá nada; mi padre seguiría muerto... y yo iría a parar a la cárcel. Tengo que mantener a mi

madre, ¿comprende?

—Sí. Una actitud muy sensata. En ese caso, dígame qué hace aquí en Richdale. Por favor —añadió él precipitadamente—, no me diga que está contratando póliza de seguro. Ya sé que no es agente, sino investigadora de la compañía para la cual trabaja.

Ella sonrió de buen humor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Su madre, Leona. A mí, no; a uno de mis subordinados.

—Muy lejos han llegado sus investigaciones —comentó Leona.

—Es lógico, puesto que el atraco se cometió en las proximidades de Chicago. ¿Qué investiga usted en Richdale?

—Mi compañía aseguraba el envío. Todavía sigue interesada en recobrar el dinero robado.

—Muy lógico. Y, ¿qué ha averiguado?

Leona suspiró. Aplastó el cigarrillo en un cenicero respondió:

—He conseguido tan poca cosa... Quicky Benton mencionó antes de morir el nombre de Richdale. ¿Sabe usted quién era Quicky Benton?

—He oído algo de él, en efecto. Dirigió el golpe. ¿Qué sabe usted de Benton, Leona?

—Era un profesional del delito. Murió en la cárcel, Se sospechaba que había tenido que ver con aquel robo. Cuando supimos que agonizaba, hicimos las gestiones para visitarle en la enfermería de la cárcel. Fuimos un alto dirigente de mi compañía y yo.

—Bien, ¿qué dijo?

Leona meneó la cabeza.

—No habló, no quiso hablar. Pero, en sus últimos momentos, cuando ya deliraba, conseguimos captar el nombre de Richdale. Eso es todo lo que pudimos conseguir. Naturalmente, recelamos que los atracadores procedieran de esta ciudad y enviaron primero a otro investigador, que no consiguió nada.

—Y luego vino usted.

—Lo pedí personalmente —declaró la muchacha—, no siento afán de venganza, pero mi padre murió y estimo que debe hacerse justicia.

—Por supuesto. Aparte de eso, encomendó a Morris ciertas investigaciones.

—Sí —admitió Leona—. Si dábamos por sentado que los cinco asaltantes del camión blindado procedían de aquí, y parecía lógico, puesto que no se había sabido dar con ellos, lo que procedía era averiguar qué personas habían realizado un viaje a Chicago por aquellas fechas.

—¿Ha conseguido algo?

—Todavía no, a decir verdad. Han pasado cinco años desde entonces y aunque el viaje a Chicago desde aquí no es cosa frecuente, también es cierto que Richdale es una población de importancia. Podríamos averiguar fácilmente qué personas fueron a Chicago los dos meses últimos, pero ya no es tan fácil conocer las que hicieron ese viaje cinco años atrás.

—Ahora han muerto tres. Quedan dos. Las investigaciones se simplifican.

—Eso opino yo. Conociendo los nombres de las víctimas, ahora, lo pertinente es indagar entre sus amistades. Todos eran de aquí, Jay; es preciso tenerlo muy en cuenta.

—Desde luego, aunque no es menos cierto que los asesinados contaban con un extenso círculo de amistades. Por tanto, la labor de criba ha de ser muy tenaz y paciente.

Leona sonrió.

—Ésa es una de las cosas que ya está haciendo Morris para mí, aparte de lo que yo pueda averiguar por mi cuenta —contestó.

Sholton se puso en pie.

—Bien —dijo—, creo que ya hemos hablado bastante. Apenas sepa algo, no deje de advertírmelo, Leona.

—Descuide, Jay.

Sholton tomó el sombrero y se encaminó hacia la puerta. Con la mano en el picaporte, se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Sigue pensando en quedarse a vivir en Richdale? Leona sonrió maliciosamente.

—Depende de los atractivos que le encuentre a la ciudad —respondió.

—Tiene muchos —dijo Sholton.

—Sí, y el principal de todos está ante mis ojos —declaró Leona con notable desenvoltura.

CAPÍTULO XI

Poco después, Sholton llamaba a la puerta del estudio de Edwina. La hermosa artista le abrió segundos más tarde y sus ojos se iluminaron al reconocer a su visitante.

—Pasa, Jay —invitó.

—Gracias. Estaré poco tiempo —manifestó él—. No quiero molestarte demasiado.

—Ya sabes que tú no molestas nunca —sonrió ella—. ¿Quieres prepararte tú mismo la bebida? Estoy terminando un dibujo y...

—Naturalmente, Edwina. No hagas cumplidos por mí; sigue trabajando como gustes.

Sholton se acercó al aparador de los licores y se sirvió una dosis de *whisky*. Mientras cruzaba el estudio para dirigirse a la cocina, a fin de poner hielo en el vaso, pensaba en Leona Klaner.

Era una muchacha que le agradaba sobremanera. ¿Por qué no había sentido lo mismo hacia Edwina, pese al afecto que la tenía?

Tomó un sorbo y meneó la cabeza. «Misterios del alma humana», se dijo.

Regresó al estudio. Edwina continuaba afanada en su labor.

—¿Es la Diana cazadora? —preguntó.

—Sí. Ya la he terminado —contestó ella—. Ahora sólo falta la firma y...

Sholton se acercó al tablero de dibujo. Era una verdadera obra de arte.

—Pero esto es más bien un cartel que no un diseño para un tejido —observó.

—Sí —admitió Edwina—. He decidido ensayar ahora esta modalidad. Creo que puedo hacer algo importante, Jay.

—Lo conseguirás —profetizó él.

—¿Cómo van tus investigaciones? —preguntó Edwina.

—No puedo quejarme. Van progresando, aunque lentamente.

—Ha habido un tercer asesinato, creo, ¿no?

Mientras pronunciaba las anteriores palabras, Edwina firmaba el dibujo con la inicial de su nombre y el apellido: E. Thoms. De nuevo sintió el policía una vaga señal de alarma en el interior de su mente.

Hasta ahora, nadie había mencionado el tercer asesinato. Ni siquiera él se lo había dicho a Edwina.

Entonces, ¿cómo lo sabía la artista?

De repente, se fijó en la firma. Había en ella un rasgo que le resultó conocido.

Con los ojos de la imaginación volvió a ver la fotografía de la firma que T.

K. Wikkeys

había estampado en el libro de recepción de paquetes de la oficina de correos. Se sabía de memoria aquella firma.

La letra T era absolutamente idéntica en ambos casos: T.

K. Wikkeys

y E. Thoms. No había ni la más mínima posibilidad de error.

La fotografía de Edwina tirando con arco, la mención del tercer asesinato que todavía no se había hecho pública, las dos firmas...

Edwina llevaba residiendo en Richdale poco más de un año. Era entonces cuando el asesino había comprado los zapatos de tamaño desmesurado.

El paquete había sido recibido por un muchacho melenudo, de pelo muy claro, grandes gafas oscuras, chaquetón de cuero de color negro, pantalones del mismo color y botas de medio tacón. La esbeltísima silueta de Edwina se prestaba magníficamente a la transformación.

En vano sus hombres habían buscado al melenudo. Había estado delante de él, ante sus propias narices y no había sabido verlo, ni siquiera cuando contempló por primera vez la fotografía de Edwina tirando con arco.

Se sintió mareado. Algo muy querido se derrumbó en su interior. No amaba a Edwina en el estricto sentido de la palabra, pero sentía hacia ella un hondo afecto. Conocer que era el asesino, le causó una amarguísima decepción.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella de repente—. Te has quedado muy callado...

Sholton acabó el contenido de su vaso. Carraspeó y dijo:

—No es nada —sonrió—. Tengo que irme ya. ¿Me dispensas?

—Claro. —Edwina le dirigió una mirada de comprensión—. Vuelve cuando quieras, Jay.

—Gracias, Edwina.

Sholton salió de la casa. Ya no le cabía la menor duda de la culpabilidad de Edwina. Sin embargo, no había decidido todavía qué era lo que debía hacer.

Llegó a su casa completamente deprimido. Edwina no había cometido los asesinatos sin un poderoso motivo. Pero le parecía imposible que lo hubiera hecho sólo por dinero.

Y aunque fuera así, ¿qué relación tenía ella con el asalto?

De pronto, se le ocurrió una idea. ¿No le había dicho la propia Edwina que su esposo había muerto hacía poco más de un año?

¿Acaso consideraba el botín de aquel robo como «herencia» propia?

Se acercó al teléfono y, tras consultar la guía, marcó un número.

—Hotel Palladium —le contestaron.

—Por favor, soy el teniente Sholton. Póngame con la señorita Klaner.

—Bien, teniente, al momento.

Sholton escuchó un par de «clicks» y luego oyó la voz de Leona.

—Jay, ¿ocurre algo? —preguntó la muchacha—. Parece que me haya adivinado el pensamiento; ahora mismo le iba a llamar yo a usted...

—Sí que es coincidencia —comentó Sholton—. Escuche, Leona, deseo hacerle algunas preguntas.

—Claro. Hable, Jay.

—Se trata de ese Quicky Benton —dijo el policía—. ¿Sabe usted si tenía familia?

—Era casado, aunque no conocí a la esposa. Personalmente, me refiero, porque tenía su fotografía a la cabecera del lecho.

—¿Estaba dedicada la fotografía?

—Sí. Ella firmaba... —Leona dudó un poco y luego dijo—. Edwina era el nombre, Jay.

Sholton inspiró con fuerza.

—Pero Quicky se apellidaba Benton —alegó.

—Oh, es que usaba varios nombres, según las conveniencias: Ben García, Jules Thoms...

—¡Thoms! —explotó Sholton.

—Sí. Oiga, ¿qué le pasa? Parece muy sorprendido...

—Tengo motivos para ello, Leona. Pero ya le contaré otro rato. Ahora, ¿qué era lo que me iba a decir usted?

—Morris me ha entregado un avance de sus investigaciones —declaró ella.

—¿Es interesante?

—Muchísimo. Al fin he llegado a conocer los nombres de dos de los que componían el quinteto asaltante. Es decir, de los supervivientes, Jay.

—Si el Departamento de Policía de Richdale tuviese tanto dinero como su compañía de seguros, también habríamos contratado nosotros los servicios de Morris. No hay que dudarle; es un buen investigador.

—Cierto, Jay. Bien, los nombres son Lloyd Tibbet y Lester O'Cohn. Comprobado: salieron de viaje hacia Chicago en las fechas aproximadas en que se cometió el asalto.

—Ahora falta probarlo, Leona —dijo él.

—Eso es cosa suya —contestó la muchacha—. Yo sólo tengo que ocuparme de averiguar qué se hizo del dinero robado.

—Tendrán que pelear con abogados. Ese dinero, seguramente, está invertido en negocios, sólidos y rentables... Hay herederos —añadió.

—Peclaremos, Jay; y rebañaremos la parte que nos corresponde —afirmó Leona resueltamente—. ¿Va a interrogar a esos tipos?

—Por supuesto. Ya le contaré algo mañana.

—Eso espero, Jay. Será mi recompensa por ayudarle a usted.

—Cuente con ella. Gracias, Leona. Buenas noches.

—Buenas noches, Jay.

Sholton colgó el teléfono. Ya tenía los dos nombres que faltaban. Se preguntó por qué Edwina no les había pedido aún los cien mil dólares, como había hecho con los anteriores.

Seguramente, quería dejar un lapso entre crimen y crimen. Era preciso borrar todas las huellas que la pudieran comprometer y, hasta ahora, había que admitir que lo había sabido hacer estupendamente.

Posiblemente, de no haber sido por la amistad común, las investigaciones se habrían dilatado enormemente. Tal vez no

hubieran tenido fin nunca.

Ahora sólo le faltaba encontrar la prueba definitiva: los zapatos que Edwina había usado para cometer sus dos asesinatos y que tanto les habían despistado respecto a la identidad del criminal.

—Un hombre alto y esquelético —rió amargamente—. Bien nos engañó a todos. ¡Cómo debió de reírse de nosotros!

El teléfono sonó en aquel momento.

Levantó el aparato.

—Habla Sholton —dijo.

—Soy Bower, señor. Tengo noticias para usted —dijo el agente.

—Muy bien. Adelante, le escucho.

—He encontrado el taller donde repararon el coche, en el que el asesino de Murfresh hizo las pruebas de tiempo. Tenía perforados los circuitos de freno y roto el cable del de mano. El dueño del vehículo lo dejó a un lado de la carretera estatal Veintidós y llamó para que se lo remolcasen desde una cabina pública, en una estación de servicio.

—Bien, me lo imaginaba. ¿Conoce el nombre, Bower?

—Sí, señor. Se llama Lloyd Tibbet.

—Gracias, Bower. Eso es todo por hoy. Ha hecho usted una buena labor.

—Gracias a usted, teniente. Buenas noches.

Sholton colgó el aparato y reflexionó unos instantes. Al cabo de unos momentos, volvió a usar el teléfono.

—¿Deinand? —dijo—. Soy el teniente Sholton. Lamento molestarle a estas horas, pero he adquirido informes muy interesantes.

—No se preocupe, señor. ¿De qué se trata?

—Conozco al asesino, en primer lugar.

—¡Rayos! ¿Quién es?

—Se lo diré luego. Por ahora, está seguro y no escapará. También conozco al asesino de Murfresh.

—Me lo está poniendo usted demasiado intrigante —dijo Deinand.

Sholton esbozó una sonrisa.

—Por eso le he llamado, sargento. ¿Qué sabe usted de un tal Lloyd Tibbet?

Deinand silbó.

—Un pájaro con dinero —contestó.

—Pues ése es nuestro hombre, quiero decir, el que mató a Murfresh.

—¿No es el mismo que asesinó a los otros dos?

—Se trata de dos personas distintas. El primer... asesino está seguro, repito.

—Muy bien, señor. Imagino que me está sugiriendo la idea de reunirme con usted e ir a visitar juntos a Tibbet.

—Justamente, sargento.

—Muy bien. Dentro de un cuarto de hora pasaré a recogerle, señor. Espéreme en la puerta de su casa.

—Gracias, Deinand.

Sholton colgó el teléfono.

Luego sacó su revólver y lo examinó concienzudamente.

Era preciso tener en cuenta que iba a enfrentarse con un hombre que, pese a su respetabilidad, había participado en un atraco en el que había muerto un hombre. Además, Tibbet poseía una buena experiencia guerrera.

Si se veía acorralado, cabía la posibilidad de una resistencia desesperada. Y a Sholton, en determinadas circunstancias, le gustaba estar prevenido.

Lester O'Cohn levantó la tapa de la caja y contempló sombríamente la pistola con silenciador que había en el interior de la misma.

Su esposa se la había entregado al regresar a su casa, manifestándole que un mandadero había traído aquel paquete para él. La señora O'Cohn se había quejado de que pesaba mucho, aunque no se había preocupado de conocer el contenido de la caja.

O'Cohn sí la había abierto, aunque, precavido, en la soledad de su despacho privado. Todavía, horas después, no se había recobrado del susto que recibió al ver el arma.

El sentido del envío era fácilmente comprensible. Bien mirado, después de haber recibido aquella nota, recibir una pistola en condiciones ya no resultaba tan extraño.

El arma funcionaba perfectamente. O'Cohn la había mirado y remirado muchas veces.

Un solo disparo, se dijo, bastaría para poner fin a sus inquietudes. Tibbet había asesinado a Murfresh, de ello no le cabía

ya la menor duda.

El accidente había sido hábil e inteligentemente planeado. Para él, quizá, emplearía otro medio... pero había una forma de conservar la vida: anticiparse a Tibbet.

Luego, el asesino le pediría cien mil dólares. Bien, pagaría y... hasta era posible que consiguiera localizarlo. Entonces suprimiría para siempre aquella amenaza.

El teléfono estalló de repente, haciéndole pegar un bote en el asiento. Con mano temblorosa, levantó el aparato y se lo acercó a la oreja.

—Diga...

—¿O'Cohn? —Sonó una voz suave al otro lado del hilo.

—Sí, yo mismo.

—¿Ha recibido mi paquetito?

—Sí...

—¿Y bien? ¿Qué determinación ha tomado?

O'Cohn guardó silencio un momento. La voz volvió a pronunciar su nombre.

—¿No quiere decirme nada, O'Cohn?

—Escuche un momento. Quiero hacerle una proposición. Usted me va a pedir cien mil dólares —dijo O'Cohn atropelladamente—. Acepto de antemano. Dígame dónde vamos a encontrarnos...

—¡Qué listo es usted, amigo mío! No tenga prisa; yo tampoco la tengo en recibir ese dinero. Cuando lo necesite, ya me pondré en comunicación con usted... si es que vive para entonces, porque si se le anticipa Tibbet, no podrá pagarme los cien mil dólares. Piense en lo que más le conviene, O'Cohn. Buenas noches.

La voz se calló definitivamente. Empapado de sudor, O'Cohn volvió el teléfono a la horquilla.

Estuvo pensativo unos momentos. Luego, de súbito, agarró la pistola y se la metió en la pretina del pantalón. Se abrochó bien la chaqueta y salió del despacho.

Su esposa estaba arriba, en el dormitorio, leyendo.

—¡Mary! —llamó.

—¿Lester? —contestó la mujer.

—Escucha, tengo que salir un momento. No te alarmes, volveré pronto. Se trata de un asunto urgente de la oficina, ¿comprendes?

—Como quieras, cariño. Procura no despertarme a tu vuelta —

pidió inocentemente la señora O'Cohn.

—Descuida, Mary.

Lester O'Cohn cruzó resueltamente el vestíbulo. Apagó las luces y salió a la calle.

Lloyd Tibbet no vería salir el sol del nuevo día, se prometió a sí mismo, mientras ponía en marcha el motor del auto.

CAPÍTULO XII

Jay Sholton oprimió el pulsador que había junto a la puerta. Al otro lado sonó un musical tañido. Esperó pacientemente, en unión de Deinand.

Se oyeron pasos. Un hombre abrió la puerta.

Lloyd Tibbet contempló extrañado a los dos sujetos que tenía ante sí.

—Caballeros... —murmuró.

—Buenas noches, señor Tibbet —saludó el joven oficial—. Permítame que me presente. Soy el teniente Sholton, del departamento de policía. Mi acompañante es el sargento Deinand.

Tibbet enarcó las cejas.

—Celebro conocerles, aunque no veo qué tengo yo que ver con la policía —contestó.

—Se lo explicaremos inmediatamente, si usted accede a recibimos —dijo Sholton.

—Teniente, convendrá conmigo en que la hora no es demasiado adecuada...

—Lo siento, señor Tibbet —atajó Sholton con firmeza.

Tibbet cedió.

—Está bien —dijo—. Mañana, no obstante, presentaré una queja a sus superiores.

—Está usted en su derecho, si cree que obramos incorrectamente —declaró Sholton.

Tibbet se echó a un lado.

—Pasen —dijo secamente.

Se sentía nervioso, pero procuró disimularlo. ¿Había saltado todo ya?, se preguntó.

Condujo a sus visitantes al despacho. Abrió un armario y sacó una botella de licor.

—Como supongo que vienen en misión oficial, no les ofrezco —

dijo, sonriendo forzosamente—. Pero siéntense, por favor.

—Gracias.

Sholton y Deinand tomaron asiento en sendos sillones situados frente a la mesa de despacho. Después de llenarse una copa, Tibbet se situó frente a ellos.

—¿Y bien, teniente?

—Se trata de un robo que sucedió hace cinco años. En Joliet, a cincuenta kilómetros de Chicago —puntualizó Sholton.

—Eso está muy lejos de Richdale, ¿no lo creen así, caballeros? —dijo Tibbet con ligero acento.

—Precisamente por eso mismo, los asaltantes cometieron su fechoría en una ciudad tan alejada de su residencia. Era una buena idea, es preciso reconocerlo.

—No lo dudo, pero ¿qué tengo yo que ver con ese asunto?

Sholton miró fijamente al dueño de la casa.

Luego, con lentitud, dijo:

—Los asaltantes realizaron un plan ideado por un sujeto llamado Quicky Benton, quien usaba, aunque esto no tiene importancia ahora, otros nombres además del citado. Eran cinco hombres; Glenn Beand, Rhett Naylor, Andy Murfresh, Lester O’Cohn... y usted, señor Tibbet.

El dueño de la casa mantuvo su impasibilidad.

—¿Se burla de mí, teniente? —preguntó.

—No es una burla, señor Tibbet —dijo Sholton—. El botín importó seiscientos mil dólares y en el asalto murió uno de los custodios del dinero, un hombre honrado llamado Lewis Klaner.

Tibbet apretó los labios.

—Repito que yo no tengo nada que ver con ese asunto —declaró malhumoradamente—. Y si sólo ha venido para proferir insultos incalificables...

—No son insultos, sino verdades, señor Tibbet. Usted participó en ese asalto. Sabemos positivamente que en las fechas en que se cometió, usted estaba ausente de Richdale. También sabemos que, con los cuatro hombres antes citados, estuvo en la guerra de Corea, formando parte de una unidad especial de asalto.

—Esto es cierto y no tengo por qué negarlo, pero en lo referente al asalto...

—Estudiaremos sus cuentas corrientes y sus negocios —declaró

Sholton fríamente—. Tengo la seguridad de que sufrieron un repentino incremento a partir de aquella época.

—He hecho buenos negocios —dijo Tibbet altivamente.

—No lo dudo. Incluso voy a admitir que no hallemos pruebas de que tomó parte en aquel asalto. En cambio, podemos demostrar que preparó el accidente en que murió su amigo Andy Murfresh.

Tibbet palideció.

—¿Yo, asesino de Andy? —exclamó.

—Usted averió todos los sistemas de frenos de su coche y Murfresh se estrelló contra la barrera del paso a nivel de Harborough, quedando en la vía, en donde fue arrollado y muerto por el Silver *Express*. Es indudable que conocía las costumbres de Murfresh, quien todos los días regresaba a su casa de Harborough a la misma hora y por el mismo camino.

»Hemos encontrado el taller donde repararon su automóvil, averiado deliberadamente por usted, a fin de cronometrar el tiempo que Murfresh, tardaría en quedarse sin frenos. Lo midió bien, ya que el fallo de los frenos se produjo justamente cuando debía empezar a detener su coche ante la llegada del tren. ¿Le parece eso poca prueba?

Hubo una pausa de silencio. Luego, muy despacio, Sholton, añadió:

—Además, cuento con una persona que le acusará a usted del asalto de Joliet. Ustedes creían que Benton había callado, pero se lo contó a su esposa. Y ella está en Richdale y declarará en cuanto yo se lo pida —afirmó el joven, aventurando algo que todavía no sabía si se iba a producir.

Tibbet lanzó un terrible grito de cólera:

—¡Ha sido ella! ¡Ella fue la que envió los anónimos...!

De pronto, se calló.

Miró a los dos policías. Sholton sonreía.

Tibbet se dio cuenta de que había caído en una trampa. Se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

Hubo una pausa de silencio. De repente, brilló un tenue fogonazo en el exterior, a la vez que se oía un ruido sordo, de escaso volumen.

Tibbet se puso en pie convulsivamente. El fogonazo y el ruido se repitieron.

Sholton y Deinand se incorporaron a la vez, Sholton avanzó una mano hacia Tibbet, pero antes de que pudiera alcanzarlo, lo vio derrumbarse a un lado, entre la mesa y el sillón.

—¡Afuera, Deinand! —gritó—. ¡El asesino está en el jardín de la casa!

Leona Klaner dejó su automóvil a cierta distancia de la casa de Tibbet y continuó a pie el resto del camino. Se imaginaba que Sholton estaría hablando con Tibbet y sentía deseos de conocer el resultado de la conversación.

En sus propósitos no entraba entrevistarse individualmente con Tibbet. Sabía que si lo hacía Tibbet podía reaccionar de muy diversas maneras, la más benigna de las cuales consistiría en darse a la fuga.

Ella, naturalmente, no quería interferir la acción de la policía. Podía costarle caro.

Llegó a las cercanías de la casa. Era lujosa y estaba rodeada por un amplio jardín, con algunos frondosos árboles. Una valla de madera blanca la separaba de la acera.

Había una ventana iluminada en la planta baja. Desde el punto en que se hallaba, Leona no podía saber si había o no alguna persona en aquella habitación.

Le pareció ver una cabeza, pero no hubiera podido asegurarlo. Después de algunas dudas y pensando en una posible reprimenda, cosa que estimó podía arriesgar, decidió acercarse a la ventana a curiosear lo que pasaba en el interior de la casa.

Pasó sucesivamente ambas piernas por encima de la valla y empezó a caminar por la zona más oscura del jardín. De pronto, creyó ver delante de ella una sombra oscura que se movía lentamente en dirección a la casa.

Lester O'Cohn se pasó el dorso de la mano por los labios. El interior de su boca estaba seco, sin saliva. Sus miembros temblaban casi violentamente, pero tras un esfuerzo que le empapó de sudor, consiguió rehacerse.

A fin de cuentas, se dijo, aquello no era más difícil que alguna de las acciones en que había intervenido en la guerra. Una vez había atacado a un centinela enemigo, acercándosele por detrás. La cosa había resultado ridículamente sencilla y el soldado enemigo

había muerto sin saber qué le había sucedido.

Ahora podía hacer lo mismo. Sus facilidades eran mucho mayores.

Primero, conocía el terreno. Segundo, no había que temer una reacción del atacado, como en el caso del centinela coreano, al que había tenido que sujetar con una mano, mientras lo apuñalaba con la otra.

La pistola que llevaba le aseguraba su objetivo, que cumpliría desde una cierta distancia. Y la amenaza de Tibbet habría desaparecido dentro de unos minutos.

Paso a paso se acercó a la casa. Tibbet hablaba con alguien. No importaba: en el jardín había la suficiente oscuridad como para no ser reconocido. Escaparía antes de que nadie pudiera reaccionar.

Caminó oblicuamente. La ventana estaba abierta. O'Cohn veía a Tibbet, pero no a sus visitantes.

Tibbet lanzó de pronto una sonora exclamación. Luego se hizo una corta pausa de silencio.

O'Cohn, veía claramente la espalda de Tibbet. Alzó la mano despacio y tomó puntería. Un rayo de luz, reflejado de la habitación, resbaló a lo largo del silenciador, ayudándole a fijar la puntería.

Apretó el gatillo. El ruido del disparo resultó ridículamente bajo. Tibbet se irguió convulsivamente al sentir en sus carnes la mordedura del proyectil.

O'Cohn disparó por segunda vez. La espalda de Tibbet era un blanco magnífico.

Alguien gritó dentro de la casa. O'Cohn vio que Tibbet empezaba a caer y juzgó oportuno esfumarse.

Giró sobre sus talones y echó a correr. La zona oscura del jardín protegería su retirada.

Detrás de él sonaban voces. Corrió veinte pasos. Súbitamente, una sombra se alzó ante él.

—¡O'Cohn!

El hombre se detuvo un seco.

—¿Quién...?

—No me conoces —dijo la misma voz que había oído por teléfono—. Es lo mismo. Sólo te diré que estoy aquí en nombre de Quicky Benton.

O'Cohn levantó la mano y disparó. La pistola permaneció inactiva.

—Sólo dos balas contenían carga y proyectil —dijo la voz. Y en aquel instante, O'Cohn vio ante sí el brillo de un arma.

—¡No, no! —gritó aterrado.

—Traicionasteis a Quicky Benton. Es algo que hay que pagar, Lester O'Cohn.

La pistola disparó tres veces seguidas, sin hacer apenas ruido. También llevaba silenciador.

O'Cohn lanzó un desgarrador aullido. Giró sobre sí mismo y se precipitó de bruces sobre el césped.

Edwina dio media vuelta y echó a correr. En la puerta de la casa se escuchaban las voces de Sholton y el sargento Deinand.

—¡Por la derecha, sargento; yo iré por el otro lado! —Bien, señor.

Leona estaba aterrada.

Había visto claramente el asesinato de Tibbet. Ahora, a cuatro pasos del lugar en que se hallaba, alguien había disparado contra O'Cohn.

Leona vio que el segundo echaba a correr. La oscuridad le impedía distinguir sus facciones. Sólo podía ver su silueta.

Iba a pasar por su lado. De repente, Leona tuvo una inspiración y alargó el pie derecho.

Edwina tropezó bruscamente y cayó, vivamente sorprendida. Al caer, extendió las manos por instinto y dejó escapar la pistola.

Alguien corría en aquella dirección. Leona se dijo que estaría mejor en el suelo.

—¡Por aquí! —indicó.

Edwina se puso en pie de un salto. Alguien corría tras ella. ¿Cómo era posible...?

No podía comprenderlo. Tenía que estar ella sola en el jardín. ¿De dónde había salido aquella mujer tan intempestivamente?

Echó a correr. Su silueta se recortó de pronto contra la luz de un farol distante.

El sargento Deinand la intimó a detenerse.

—¡Alto! ¡Párese!

Edwina no hizo caso. Continuó corriendo.

El sargento Deinand sí se paró. Elevó el brazo izquierdo, lo

encorvó, apoyó la pistola en el antebrazo y fijó la puntería.

Apretó el gatillo una, dos, tres veces, en rápida sucesión. El fugitivo se tambaleó y cayó al suelo.

—¡Le he alcanzado, teniente! —gritó.

Sholton corrió hacia él. Los dos se dirigieron hacia la persona caída en el suelo, dando grandes zancadas.

Sholton se arrodilló junto al caído y le dio la vuelta. El resplandor de un farol próximo le dio de lleno en la cara.

—¡Edwina! —exclamó, en el colmo del asombro.

Ella sonrió suavemente.

—Hola, Jay —dijo.

Sholton meneó la cabeza.

—¿Por qué tú, Edwina, por qué? —dijo, sintiéndose hondamente afligido.

—¿Te sientes decepcionado?

Sholton bajó la cabeza. No quería contestar.

Alguien se acercó con pasos vacilantes.

—¡Señorita Klaner! —exclamó Deinand, sorprendido.

Sholton se volvió para mirar a la muchacha.

—¡Leona!

—Sentía curiosidad... —se disculpó la chica.

—Iré a llamar a una ambulancia —dijo el sargento.

Sholton volvió los ojos hacia Edwina. La joven volvió a sonreír.

—Lo siento mucho, Jay, pero tenía que hacerlo —dijo.

A lo lejos se oía una sirena. Los disparos habían alarmado a la vecindad y alguien había llamado a una patrulla policial.

—Te llevaremos al hospital —dijo Sholton.

—Es inútil —contestó Edwina—. Me estoy muriendo.

El médico salió de la habitación, miró a Sholton y meneó la cabeza.

—Apresúrese —dijo—. Tiene muy pocos minutos de vida.

—Esperen aquí —indicó el oficial, dirigiéndose a Leona y al sargento Deinand.

Entró en la habitación. La cara de Edwina estaba tan blanca como la almohada en que descansaba su cabeza.

Tenía los ojos cerrados. Los abrió al oír ruido.

—Jay —murmuró.

Movió la mano ligeramente. Sholton la tomó entre las suyas.

—Así... me siento mejor —dijo ella, con un hilo de voz.

—¿Por qué, Edwina, por qué? —repitió Sholton, una vez más, lleno de aflicción.

—No sé cómo explicártelo... Quizá estaba obsesionada por la venganza. Ahora veo claro... pero ya es tarde, Jay.

—La venganza no es jamás ningún motivo de consuelo —murmuró él.

Edwina habló con expresión ausente.

—Te mentí. Yo quería a mi esposo. Me enfureció verle morir en la cárcel... Si hubiese dispuesto del dinero que le correspondía por su participación en el asalto... tal vez hubiese vivido más tiempo; incluso es posible que no hubiese vuelto a la cárcel... Unos buenos abogados...

—¿Te dio él los nombres de los complicados?

—Sí. No lo dije a nadie. Él no quiso divulgarlo nunca... quería que yo me aprovechara de su parte del botín... Pero el dinero no me importaba tanto como la venganza... Tardé más de un año en prepararlo todo; era preciso conocer a fondo las costumbres de los asaltantes...

Abrió de nuevo los ojos y fijó la mirada en Sholton.

—Lo único que siento es haberte decepcionado —murmuró—. ¡Te portaste siempre tan gentilmente conmigo! Creo... creo que si no hubiera sido por esa maldita obsesión, si hubiese sabido sobreponerme a ella... habría sido capaz de... de amarte... ¡Aunque creo que te quería... Jay!

—Sí, Edwina.

—¿Quién... quién era esa chica que me salió al paso?

—Leona Klaner. Su padre era el hombre que murió en el asalto.

—Ah —musitó Edwina. Sonrió—. Te engañé con los zapatos de tamaño desmesurado, ¿verdad?

—Sí —admitió el policía.

—Los encontrarás en casa. Yo... yo era T.

K. Wikkeys...

—Lo sabía, Edwina.

Ella le miró sorprendida.

—¿Lo sabías, Jay?

—La fotografía con el arco, la firma en el libro de Correos, la firma de tu dibujo —dijo él.

—¿Y no hiciste nada para detenerme?

—Antes quería hablar con Tibbet.

—Comprendo. Jay, Tibbet y mi marido se conocieron hace muchos años. Tramaron un plan para un robo importante, pero dos hombres solos no podían hacerlo... Acordaron buscar más cómplices... Ya conoces sus nombres...

—Sí, Edwina.

—Lo siento, lo siento —repitió ella varias veces—. Me pregunto por qué no te habré conocido antes.

—Hacia un año que nos conocíamos. Pudiste haber variado de modo de pensar.

—Lo sé, Jay... pero estaba ciega... ciega...

Edwina calló un instante.

—Jay, perdóname... —bisbiseó a poco—. Es lo único que siento... haberte engañado...

La voz de la joven se convirtió de repente en un soplo. Su cuerpo se estremeció un instante y luego su cabeza se dobló a un lado.

Sholton permaneció todavía un rato con la mano de Edwina entre las suyas. Al cabo, la juntó con la otra sobre su pecho y, silenciosamente, dio media vuelta y salió de la habitación.

El tren estaba a punto de llegar.

Sholton y Leona permanecían en el andén de la estación.

—Lamento que se vaya —dijo él.

Leona sonrió enigmáticamente.

—Creo que mi ausencia durará poco —respondió.

—Me gustaría comprobarlo —dijo él.

—No le faltarán ocasiones, Jay. Richdale tiene muchos atractivos para mí.

—No hay monumentos antiguos, ni museos de importancia...

—No me interesan los monumentos antiguos ni los museos, Jay —dijo Leona maliciosamente.

—Entonces, ¿qué le interesa?

Ella le dirigió una larga mirada.

—Se lo diré a mi vuelta —contestó—. Es decir, si quiere que se lo diga.

—Avísame el día de su llegada y me tendrá dispuesto a escucharla.

—¿Seguro, Jay?

—Segurísimo, Leona.

La chica lanzó un profundo suspiro.

—¿Todavía le duele lo de... Edwina Thoms? —preguntó.

—Sentía un gran afecto hacia ella. Pero era un afecto amistoso, simplemente.

—Lo sé —dijo Leona—. Ésa es una de las virtudes que más me gustan de usted. Por eso le digo que voy a volver.

Los ojos de Sholton brillaron.

—Esperaré con impaciencia su regreso, Leona aseguró.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

